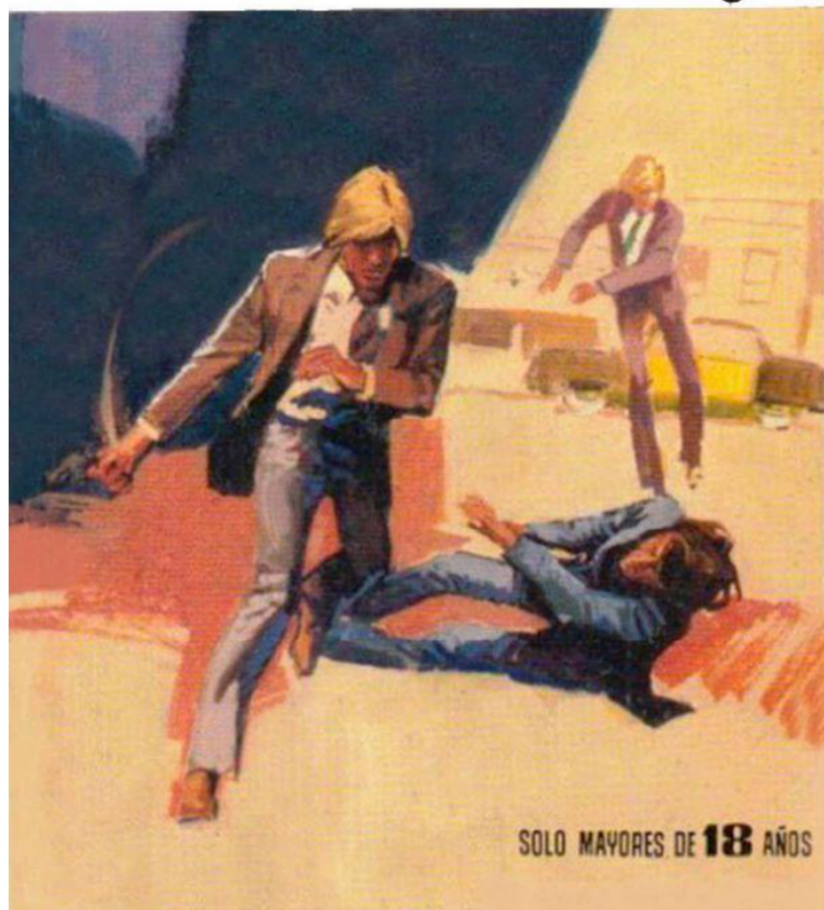
BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO ROJO

UNA DUCHA FRIA Y UN MUERTO CALIENTE

Keith Luger



COLECCION

PUNTO ROJO





KEITH LUGER

UNA DUCHA FRIA Y UN MUERTO CALIENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 860
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X
Depósito legal: B 26.155 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición en esta colección: octubre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Yo tenía que marcharme de mi ciudad, o alguien me iba a machacar la cabeza. Y todo era debido a que una potranca llamada «*Lady* L» había corrido como una tortuga. Bueno, yo creo que una tortuga habría llegado antes a la meta. De trece participantes «*Lady* L» había entrado en el treceavo lugar. ¿Quién ha dicho que el trece no es un número de mala suerte?

Había apostado trescientos dólares por «*Lady* L», y daba la casualidad de que yo no tenía los trescientos dólares, y antes había apostado y perdido mil doscientos. Sumado el déficit me metí en los mil quinientos y ése era el límite de Fred Pickford, un tipo que ordenaba a sus sicarios romper los huesos de los muchachos que perdiesen mil quinientos dólares y no tuviesen con qué pagar.

En cuanto supe que «*Lady* L» había puesto mis sesos a disposición del bastardo de Pickford, eché a correr. Tenía que pasar por mi apartamento para hacer la maleta, una maleta que contendría lo más indispensable.

Y todo eso ocurrió porque me habían retirado mi licencia como detective privado. Sí, ésa era la faena que cierto poli me hizo, un teniente de la Brigada de la Represión del Vicio, Sidney Donat. Yo le era muy desagradable, sentimiento al que correspondía. Dos meses antes me había visto envuelto en un asunto de contrabando de heroína. Acabé con una pandilla de malditos, pero a Donat no le gustó mi trabajo, y casualmente, fui atrapado por él cuando tenía en el bolsillo una muestra de aquella heroína. Donat no se atrevió a llevarme hasta un tribunal, pero encontró la posibilidad que buscaba desde hacía mucho tiempo, retirarme de la circulación. Fue su forma de darme las gracias por haber contribuido a combatir el vicio. Despojándome de mi medio de vida.

Yo tenía que pagar una secretaria, el alquiler de una oficina y un apartamento, y otros muchos gastos. Entonces se me ocurrió

aumentar el importe de mis apuestas y, cuando perdí mis primeros cien dólares, decidí recuperarlos y ganar otro montoncito de morlacos y lo que hice fue hundirme más.

Había llegado al final, porque Fred Pickford ordenaría el cobro, vivo o muerto, de los mil quinientos pavos y sus hombres sabían cómo apretar las clavijas.

Ya había terminado de hacer la maleta. Dudé un momento mientras miraba el teléfono. No, no podía cometer el error de despedirme de mi secretaria. La próxima visita de los matones sería para Doris y ella diría que no sabía nada, lo cual sería verdad. Pero si me despedía, la podía meter en el lío.

Tomé la maleta _y me dirigí hacia la puerta. En ese momento sonó el timbre. Me quedé quieto, helado. Ya estaban allí.

Sonó otra vez el timbre. No, no se iban. Habían recibido una orden y la iban a cumplir, y lo terrible del caso es que aquel maldito edificio no tenía otra salida. No, no había escalerilla de incendios. El edificio era muy moderno, y lo había elegido porque también soy un tipo muy moderno.

Sopesé la malleta. Era mi única arma defensiva porque mi pistola estaba en poder de la policía, y una maleta era mejor que una botella.

Abriría la puerta de golpe, lanzaría la maleta sobre ellos, repartiría algunos golpes aprovechando mi ventaja. Y luego a correr. Rock Gilbert.

El timbre sonó por tercera vez. Segundos fuera. Va a empezar el combate.

Abrí la puerta e inició el movimiento para arrojar la maleta hacia el otro lado, pero me detuve en el último instante. De haber hecho lo que pensé, la maleta habría derribado a la nena rubia que se encontraba en la otra parte.

—¿Se va de viaje, señor Gilbert?

Ella me conocía, pero yo no la conocía a ella.

—Sí. Cuestión de mi tía.

—¿Qué le pasa a ella?

—Se está muriendo.

—¿Dónde?

—En Port Halifax, Alaska —era el lugar donde yo había prestado mi servicio militar.

—Señor Gilbert, lo siento mucho.

—Es usted muy considerada. Y ahora adiós.

—Quería contratarlo.

—Lo siento, pero no puedo aceptarla como cliente.

—Le habría dado mil dólares por su trabajo.

Yo no había tenido un cliente de mil dólares desde hacía un par de años, porque en el asunto de la heroína sólo había ganado mamporros y unos trescientos machacantes.

—Además, el trabajo es sencillo —puntualizó.

Ella era la tentación. Si yo ganaba mil dólares, podría pagar parte de mi deuda a Fred Pickford y no tendría necesidad de refugiarme entre hielos.

—Oiga, señorita… A propósito, todavía no sé su nombre.

—Sue Manning.

—Señorita Manning, ¿qué debo hacer a cambio de esos mil dólares?

—¿No cree que debemos seguir hablando ahí dentro? —dijo Sue mirando a un lado y a otro del corredor.

—Oh, sí, pase.

Entró en el vestíbulo y le señalé un sillón. Se sentó y cruzó las piernas largas y torneadas, dos remos sensacionales.

Dejé la maleta en el suelo y me dirigí al mueble bar.

—¿Un *whisky*, señorita Manning?

—No, gracias.

Me serví una ración con un par de cubitos de hielo.

—Hable, señorita Manning —dije después de beber un trago.

—Quiero que rescate unas fotografías.

—¿De usted?

—Sí, de mí.

—La están chantajeando… ¿eh?

—No. Todavía no empezaron.

—¿Y cómo sabe que empezarán?

—No puedo contestarle a esa pregunta, señor Gilbert. Sólo le diré dónde están las fotografías, y la forma en que ha de apoderarse de ellas.

—¿Dónde están?

—En una caja fuerte.

—Señorita Manning, yo no soy un asaltante.

—Le daré la combinación.

—Imagino que habrá alguien allí.

—Cuando usted vaya, no habrá nadie.

—¿Y cuándo debo ir?

—Ahora mismo.

Ella consultó su reloj y yo consulté el mío.

—Son las siete —dijo.

Era invierno, diciembre y a las siete era ya de noche en Nueva York.

—¿De cuánto tiempo dispongo según usted, señorita Manning?

—Hora y media, pero el viaje le costará unos veinte minutos.

—Imagino que se refiere solamente al viaje de ida. —Sí, eso es.

—Por tanto dispongo de una hora y diez minutos para llevar a cabo mi robo.

—No es un robo —protestó.

No me interesaba su apreciación. Yo seguía pensando en los mil dólares. Eso era lo importante para mí.

—¿Dónde la debo ver luego, señorita Manning?

—Lo esperaré aquí.

—Las fotografías están en la caja fuerte. ¿En un sobre? ¿En un arca…?

—En un sobre de papel manila.

—Entonces las ha visto.

—Claro que las he visto.

—¿Quién es el tipo?

—Douglas Landi.

No me dijo nada el nombre.

—¿Dirección?

—Calle 67 Oeste, número 1034, catorceavo piso, apartamento 8-C.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor Gilbert.

—Si el trabajo es tan fácil, ¿por qué no lo hizo usted?

—¿Qué?

—Entendió mi pregunta. No se haga la sorda.

Sus ojos despidieron chispas.

—Usted es un detective privado, y yo…

—Y usted una persona honrada —la ayudé.

—Imagino que eligió su profesión para hacer cosas como ésta.

—Para luchar por el bien —corregí.

—Pues tranquilícese, señor Gilbert. Está luchando por el bien.

—Lo admitiré. Pero, dígame, ¿por qué acudió a mí?

—Me habló de usted un amigo.

—¿Qué amigo?

—¿No cree que está perdiendo su tiempo, señor Gilbert? Ya no dispone de una hora y diez minutos.

—¿Qué amigo? —insistí.

—King Mac Laglen.

Mac Laglen era un columnista que luchaba contra la corrupción en todas las esferas. Había sufrido un par de atentados y siempre se libró de milagro. Su director lo había pasado a la sección de deportes para que lo dejasen en paz.

—¿Qué hay de los mil dólares, señorita Manning?

Ella abrió su bolso y extrajo un fajo de billetes.

—Aquí hay quinientos dólares, señor Gilbert. Le daré los otros quinientos cuando regrese.

Contó el dinero, y no faltaba un dólar.

—Está bien, señorita Manning. Haré el trabajo.

—Gracias.

—Puede servirse del bar.

—No tengo ganas de beber.

—También hay comida en la nevera.

—Creo que no comeré nada.

—Como quiera —le dije—. Ahora que recuerdo no le hice una pregunta, ¿cómo voy a entrar al apartamento
8-C?
¿O también tuvo en cuenta ese detalle y me va a dar la llave?

—Si le diese la llave no tendría derecho a cobrar los mil dólares, o yo sería una tonta.

—Tengo que reventar la puerta, ¡no!

—Imagino que usted tendrá ganzúas.

—Según las leyes, sigue siendo una violación de domicilio y si me atrapasen…

—¿No imaginó que debía correr algún riesgo?

Era una joven muy sensata, además de mona.

—¿Cuál es la combinación?

Me la dio y la repetí para memorizarla. La caja fuerte estaba en un despacho, tras un cuadro de *La Gioconda.*

Tenía una llave maestra en la mesilla de noche y fui por ella.

—Tenga cuidado con el encargado del edificio.

—¿Por qué?

—Es un hombre antipático y demasiado curioso.

—Lo tendré en cuenta… A propósito, señorita Manning, si viene alguien preguntando por mí o me llama por teléfono, diga que fui a resolver un negocio y que no regresaré en dos horas… ¿Será tan amable?

—Confíe en mí, señor Gilbert.

Dudé un momento en si decirle que ella también debía confiar en mí, pero al final salí del apartamento sin pronunciar otra palabra.

CAPÍTULO II

El número 1034 de la Calle 67 Oeste lo ocupaba un edificio de unos veinte pisos. Como en casi toda aquella zona, la mitad de ellos estaban ocupados por oficinas.

El encargado estaba en su sitio. Era un tipo de unos cincuenta años, de piel arrugada y rostro maligno. Traté pasar de largo, pero no me dejó.

—Eh, ¿adónde va?

Para entonces ya sabía que en el edificio se ubicaban los gabinetes de seis dentistas. Y había bastado que me detuviese en el camino para consultar la guía telefónica.

—El doctor Rains me espera —me toqué la boca.

—Noveno piso

9-B.

—Gracias, pero ya lo sabía.

Eso le mortificó. Me dirigí hacia el ascensor. Naturalmente, hice el viaje hasta el noveno piso y, una vez allí, continué subiendo por la escalera hasta el catorceavo.

No, no había nadie en el corredor, y cuando llegué ante el

8-C,

ya tenía mi llave maestra en la mano. La inserté en la cerradura y con un par de movimientos abrí la puerta.

Pasé al interior y di la luz.

El vestíbulo estaba bien amueblado, limpio. Fui a la habitación donde mi cliente me había dicho y también manejé el interruptor.

Me encontré en un pequeño despacho con un par de librerías y una mesa.

No me interesaba el negocio particular de Douglas Landi. Un detective privado, si acepta un caso, ha de limitarse a cumplir su misión.

La Gioconda me estaba obsequiando con su eterna sonrisa.

Marqué la combinación y abrí con suavidad.

El sobre de papel manila estaba sobre unos documentos. No me interesaron éstos. Tomé el sobre y vi las fotografías. Eran tres, y en todas ellas aparecía Sue Manning. No, no eran pornográficas. Sue Manning se exhibía en bikini en compañía de un hombre bien parecido, alto, que estaba en bañador.

El hombre trataba muy bien a Sue. En dos fotografías le había pasado el brazo por los hombros y en la tercera la rodeaba por la cintura. Ninguno de ellos miraba al fotógrafo. Eran fotos tomadas por sorpresa y con teleobjetivo.

—Hola, amigo —dijo una voz.

Miré la puerta por lo que había entrado y allí estaba el tipo de la foto. Tenía una pistola en la mano y vestía un *smoking*.

Dejé el sobre en la mesa y dije:

—Usted y yo podríamos llegar a un acuerdo, Douglas.

—No admito socios.

—En este caso tenemos un cliente común.

—Olvídelo.

—Está muy leo chantajear a las personas, especialmente a las mujeres lindas que se prendan de uno.

Bostezó y se llevó la mano libre a la boca.

—Usted me aburre. Dígame su nombre.

—Rock Gilbert.

—Se dedica a una puerca profesión, Gilbert.

—Sí, confieso que salvar a doncellas en apuros, está mal visto por los que las hacen pasar los apuros.

—Su diálogo es ingenioso.

—Muy amable.

—Pero prefiero los de Dick Van Dyke.

—A veces se los hago yo.

—Ese chiste está podrido, y ahora empiece a moverse hacia la puerta.

—¿Me acompañará hasta el corredor, Douglas?

—Claro, soy un tipo educado. Procuro hacer los honores a mis visitantes.

Pasé por su lado y me golpeó con la pistola en la clavícula.

Caí de rodillas en el suelo y me volvió a cazar con el cañón entre el cuello y la oreja.

Sentí todo el dolor del mundo en el cerebro y en los pulmones, y tuve la impresión de que mi cuello adquiría el tamaño del de un bisonte. Me estaba ahogando.

Me cogió por el cabello y me hizo levantar la cara. La suya había cambiado mucho. Ahora era la de un sádico.

—Óyeme, Gilbert. No quiero volver a verte. Serás muy gracioso, pero los tipos como tú me vienen a la medida. Y acuérdate de esto. Nunca hago negocio a medias. Ni a cuartas partes, ni a décimas partes… Sigue metiendo tus narices en los basureros y no en las cajas fuertes, ¿lo oyes, gusano?

Dije que sí con la cabeza.

—Y ahora largo —dijo.

Me soltó una bofetada que sonó como un disparo y caí contra la pared.

—Levántate, puerco —dijo.

—No puedo…

—Has de poder. Estoy cansado de verte.

—Déjame que respire.

—Ya respirarás en la calle. No quiero que me contagies la atmósfera con tus miasmas…

—Está bien. Ya me voy…

Empecé a incorporarme con la barbilla hundida en el pecho. Me tambaleé un poco como desfallecido y, de pronto, salté.

Douglas manejaba una pistola, pero habría hecho aquello aunque hubiese manejado un tubo lanzallamas. No logró apartarse a tiempo, y había logrado confiarlo porque sus brazos colgaban. Cuando se fue a dar cuenta, ya le había soltado un tremendo puñetazo en el maxilar inferior.

Adquirió una gran velocidad y chocó contra el sofá, dando una vuelta de campana y cayendo por el otro lado.

Douglas empezó a incorporarse y fui hacia él.

—¡Cerdo! —dijo.

—¿No aprendiste otra palabra? —le contesté y le devolví aquella bofetada.

Volvió a caer y, como no soy un tipo capaz de pegar demasiado a un rival vencido, me dirigí hacia la mesa y cogí el sobre entonces, caminé hacia la puerta.

Al llegar allí me detuve y dije:

—Douglas, eres tú quien debes olvidar a la chica y también me olvidarás a mí. Y si quieres escuchar más diálogos ingeniosos, vete a un *music-hall* de la Calle 42.

Salí de allí.

El encargado me dirigió una mirada.

—¿Qué tal su dentadura?

—Arruinada —le respondí tocándome la mejilla y me marché a la calle.

Faltaban como diez minutos para el tiempo establecido por Sue Manning, cuando entré en mi departamento.

La nena rubia no estaba ahora en el diván, sino de pie, junto al bar. Al fin se había animado a probar mi *whisky*.

Me sonrió por primera vez.

—Bien venido a casa.

Le quité el vaso de la mano y, como era un día de tortazos, le solté una bofetada que le hizo perder el equilibrio, pero encontró en su camino la pared y le sirvió para mantenerse en pie.

Me observó asombrada.

—¿Por qué ha hecho eso…? ¿Por qué? —preguntó con toda la ira del mundo saliéndole por los hermosos ojos verdes.

—Conque todo era sencillo… Conque Douglas Landi no iba a estar allí.

—¿Qué pasó?

—Conocí a tu amor. Me sorprendió. Hicimos un buen número, él con una pistola en la mano y yo indefenso. ¿Por qué me mandaste al matadero, cariño? Anda, empieza a hablar…

—Es usted un miserable.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—No sabía que Douglas fuese a volver tan pronto… Nunca lo nace antes de las nueve. Me cercioré bien.

—¿Y cómo te cercioraste?

—Hablando con él por teléfono. Le dije que tendría que hablar con él acerca de las fotografías y me contestó que no iba a estar en casa hasta las nueve…

—¿Y qué más te dijo? ¿Cuánto dinero te pidió por devolverte las fotografías?

—No es asunto suyo.

—Claro que es asunto mío.

—Usted no consiguió las fotos, pero se puede quedar con los quinientos dólares. Y ahora muérase.

—Tengo las fotografías.

—¿Me está engañando? —inquirió.

—No.

—Usted dijo que Douglas tenía una pistola.

—Me libré de él y de la pistola.

—¿Lo mató?

—No seas estúpida, nena. ¿Por qué iba a matarlo? Puedo ser un ladrón en obsequio de un cliente, pero ni con cien mil dólares me convertiría en un asesino.

—Está bien. Deme las fotos.

—Todavía no.

—Le daré sus quinientos dólares.

—Todavía no.

—¿Que quiere?

—¿Quién es tu esposo?

—No hay esposo.

—¿Esperas que crea eso? Ese hombre te estaba chantajeando o te iba a chantajear. Naturalmente, él le entregaría las fotografías a tu esposo en el caso de que no pagases. Ésa fue la amenaza.

—Te voy a pagar mil dólares por una hora de trabajo —me tuteó —. ¿Es que no tienes bastante? Deja de interesarte ya por el asunto. Te pedí unas fotos a cambio de un precio y te pagaré hasta el último centavo. De modo que me das las fotos y se acabó.

Yo iba a conseguir mil dólares para pagar a Fred Pickford y con eso detendría a sus matones. ¿No era eso bastante? Mi buena estrella había brillado en el último momento, cuando estaba a punto de largarme con los esquimales.

Saqué el sobre del bolsillo y se lo alargué.

Ella tuvo que dejar el vaso para coger el sobre. Sacó las fotografías, pero no del todo. Le bastó con verlas hasta la mitad y las empujó al fondo.

Fue por su bolso que estaba en el sofá. Metió allí el sobre y sacó el segundo fajo de billetes.

—Cuéntelos —dijo.

Los conté y tampoco esta vez había error.

—Está bien —dije.

—Y ahora adiós.

—Hasta la vista.

—Creo que no nos veremos más.

—Entiendo, por lo visto tu marido y tú os movéis en una capa social muy lejos del basurero —lo dije para mortificarla, recordando lo que Douglas Landi me había dicho.

—Vete al infierno.

No, no era una gran dama. Seguramente las malas compañías la habían echado a perder.

—Cariño —dije—, si hay un próximo chantajista, búscate otro para asaltar su caja fuerte.

—Bastardo —dijo y se marchó.

Di un suspiro de alivio y cogí su vaso de *whisky*. No sé por qué bebí por donde estaba la huella de su boca. Me gustó el sabor a su carmín con *whisky*.

Los matones todavía no habían aparecido y decidí darle la sorpresa a Fred Pickford.

Marqué el número de su oficina y escuché el ladrido de uno de los *bull-dog* que Pickford tenía a sus órdenes.

—¿Quién es?

—Rock Gilbert…

—Señor Gilbert, cuánto nos agrada oír su voz… Creímos que habría salido de viaje. Usted debió llamarnos esta tarde…

—Surgió un imprevisto. Una pelirroja quiso conocer las medidas de mi pecho. Me está haciendo un jersey con punto de ganchillo.

—Usted siempre tan ocurrente, señor Gilbert… Pero olvidemos la pelirroja. Usted sabe que hay una cuestión pendiente entre nosotros. En este momento dos de nuestros cobradores le iban a hacer una primera visita…

—No hace falta.

—Me temo que sí.

—Le mandaré mil dólares mañana.

—No podemos esperar a mañana, señor Gilbert.

—Oiga, amigo, escuche. Iré al Club 39, el local de Pickford. De modo que no tienen por qué alarmarse.

—Celebro que vaya a pagar, señor Gilbert.

—Mil dólares.

—Su cuenta son mil quinientos.

—Tengo mil dólares y es lo que voy a pagar, amigo. Liquidaré los otros quinientos la semana próxima. Y será mejor que me trate con más consideración o perderán un cliente.

Dio un suspiro y dijo:

—Está bien, señor Gilbert. Que sean los mil dólares, pero no se olvide del resto. Sería muy lamentable.

Colgué y me sentí mucho mejor. El peligro había pasado.

Media hora más tarde, me encontraba en el Club 39.

Una cantante desparramaba su voz, y sus encantos más visibles casi se desparramaban por el escote.

Era un buen número, pero apenas me dieron tiempo para echar una mirada a la chica.

Ben Cabot, uno de los cobradores de Pickford, al que ya conocía por mis anteriores apuestas, me hizo una señal desde el bar y fui a su lado.

—Ande, Gilbert, dígame ahora que dejó los mil dólares olvidados encima del piano.

Ben Cabot era grandote y había boxeado en los pesados, pero resultó malo del todo. De cada diez peleas perdió ocho, y, por fortuna para él, Fred Pickford decidió incorporarlo a su cuadro de matones. Su rostro no había quedado mal del todo. Tenía una cicatriz en medio de la frente, las cejas cosidas de mala manera y su oreja derecha había sido reducida a la mitad, pero aposté a que lo de la oreja no había sido obra de un rival de cuadrilátero, sino de un navajazo bien dirigido.

Saqué el dinero y se lo enseñé.

Cabot se quedó perplejo.

—Caramba, si es verdad…

Se hizo cargo del dinero y fue a saltar del taburete, pero lo detuve.

—No basta, Cabot. Quiero ver a Pickford.

—¿Para qué?

—Para que sepa que le pagué los mil dólares. Sé que tú no das recibo.

—No se preocupe. Se lo diré a Pickford.

—Nada de eso, muchacho.

—¿Quiere que lo vapulee?

—Inténtalo.

El seguía siendo un peso pesado y yo un medio fuerte, porque había aumentado unos diez kilos desde mis tiempos universitarios, pero Cabot no me daba miedo. Era torpón, y yo estaba seguro de que lo iba a enviar a la otra parte del mostrador, y eso ocurriría en los primeros quince segundos.

—Vamos —dijo.

Había considerado la posibilidad de que armásemos una en grande en el local, y a Pickford no le gustaban los jaleos.

La chica mona del gran escote me sonrió al pasar.

—¿Quién es? —pregunté a Ben.

—Para ti una silla.

—Entiendo.

—Nancy es la chica de Francis.

Le sonreí a Nancy y ella me guiñó un ojo.

Entramos en un despacho donde se podía haber reunido el alto mando de un candidato a la Presidencia.

—Buenas noches, Pickford —saludé.

Fred Pickford estaba sentado en un sillón de alto respaldo, tras una larga mesa, y tenía el mismo aspecto de sapo que siempre.

—No hay moratorias, Gilbert —contestó—. Conoces mi forma de tratar a los tipos que apuestan sin tener para pagar.

Miré a Cabot y éste carraspeó y dijo:

—Jefe, trajo los mil dólares.

Pickford hizo el mismo gesto de sorpresa que Cabot.

Vio los dos fajos que el exboxeador de los pesados puso en la mesa y me sonrió.

—Faltan quinientos, Gilbert.

—Ya dije que pagaré la semana próxima.

—Espero que no sea un cuento.

—No es ningún cuento.

Había dos hombres con Fred Pickford. Uno era Francis Blackmer, un rubio tan ambicioso como un actor principiante de Broadway, y Patrick Wyatt, un pistolero que era un artista en su profesión, hasta el punto de que jamás se le había podido probar nada.

Iba a despedirme cuando se abrió la puerta y entró un nuevo personaje en escena. Mi cliente. Sí, allí estaba la rubia de ojos verdes que había sido fotografiada con teleobjetivo mientras estaba

en bikini haciendo monerías con Douglas Landi.

—Hola, mujercita —dijo Fred Pickford—. Te retrasaste mucho. Llevo esperándote una hora.

El esposo buscado era el mismísimo Fred Pickford.

CAPÍTULO III

La joven que había dicho llamarse Sue Manning me dirigió una mirada y apartó los ojos de mí como si no me conociese.

—Querido —dijo yendo hacia Pickford—, cogí un atasco en el puente Lincoln. Menos mal que los policías pudieron solucionarlo, o todavía estaría allí.

Dio la vuelta a la mesa, se inclinó sobre Fred y éste levantó la cara para ser besado en los labios.

Luego la rubia se enderezó y, mirándome, dijo:

—¿Un nuevo empleado tuyo, Fred?

—No. Sólo es un cliente que vino a cumplir con su deber, Rock Gilbert…

—Tanto gusto, señor Gilbert —dijo ella.

Eso obligó a Fred a presentarla.

—Es mi esposa, Rock. Pamela.

—Encantado, señora Pickford —dije—. Y ahora que todo quedó aclarado, me marcho.

—Te espero la semana próxima, Rock.

—Desde luego, Fred —contesté y salí de la habitación sin que nadie me acompañase.

Me fui al bar y pedí un *whisky*.

—Hola —dijo una voz.

Era la cantante pelirroja, la chica a quien se le había quedado corto el vestido. Por arriba.

—Soy Nancy Page —dijo.

—Rock Gilbert.

—¿Me invitas. Rock?

—¿No crees que podría molestarse alguien?

—¿Ya te habló de Francis ese bruto de Ben?

—Sí, y dice que eres su nuevo amor.

—Vine aquí contratada para cantar y no para aceptar las

insinuaciones de un tipo que no me agrada.

—Creí que el simpático Francis era correspondido.

—Ni pizca, Rock.

—¿Qué quieres tomar?

—Un martini con una aceituna.

Pedí lo suyo y ella, después de beber un trago, dijo:

—Nunca te había visto por aquí.

—¿Qué tiempo llevas en el local, Nancy?

—Un mes.

—Vengo al club muy de tarde en tarde… Procura no tener demasiada relación con Fred Pickford. Por cierto, no sabía que estuviese casado.

—Sí, ya vi que entraba en el despacho su mujercita…

No parecía caerle muy simpática la rubia Pamela.

—¿La conoces? —pregunté.

—Un poco y ya tuve bastante. Según me explicó Francis, esa muñeca rubia y Fred Pickford se casaron hace tres meses. Ella es una gata. Imagínate, se casó con un hombre que puede ser su padre.

Fred Pickford había cumplido ya los cincuenta años y la comparación de Nancy estaba justificada, porque Pamela no debía haber cumplido los veintitrés.

—El amor no conoce barreras —dije.

—¿Eres de los ingenuos, Rock?

—Es posible.

—¿Me invitas a cenar?

—¿Por qué?

—Porque me gusta de vez en cuando tropezarme con un ingenuo.

Vi salir a Francis del despacho de Pickford.

—Nena, ahí tienes a tu hombre.

—No es mi hombre.

—Pues de la forma en que me mira, me está fulminando con el rayo de la muerte.

—Tú sigues entero —me sonrió.

—Quizá por poco rato.

—¿Tienes miedo, Rock?

—No.

Francis ya estaba caminando hacia nosotros.

Nancy bebió un trago de su martini y yo bebí de mi *whisky*.

—Nena —dijo Francis al llegar—, ¿por qué no te cambias para el próximo número?

—Tengo tiempo.

—Es dentro de quince minutos.

—Me bastan tres para cambiarme.

—Vete. Quiero hablar con Gilbert.

Ella me miró y no dijo una palabra. Dejó el vaso en la barra y se fue.

Francis se apoyó en el taburete que ella había dejado libre.

—Creí que te habrías marchado, Gilbert.

—Me quedé a tomar una copa.

—Fuera disimulos, Rock. Te quedaste por Nancy. Me lo explicó Ben. La chica te gustó. Se me ocurrió salir, ¿y qué es lo que veo? A los dos juntos.

—¿Qué más, Francis?

—Apártate de la chica.

—Soy un cliente.

—Tú solo eres un primo, Gilbert —sonrió enseñando sus dientes de perro de presa.

Salté del taburete y caí sobre el pie que él descansaba en el suelo, el derecho.

—Oh, perdón —dije.

Se estaba poniendo rojo y quizá tendría que ir al médico de urgencia.

—¡Maldito! —dijo.

—¿No sabes aceptar una disculpa, Francis?

Del rojo pasó al amoratado.

—¿Duele? —dije.

—Esto lo vas a pagar.

—Ponme la mano encima y te aplasto las narices.

Le apoyé la diestra en el hombro, tranquilamente, como a un amigo. Era la posición adecuada para clavarle el otro puño en el estómago.

Se dio cuenta de que aquella pelea no la ganaría nunca y, después de llevar aire a sus pulmones, repitió:

—Apártate de Nancy.

—Ella me dijo que no quiere saber nada de ti. Sería mucho

mejor que tú te apartases de Nancy.

Echó a andar cojeando y entró de nuevo en el despacho donde estaba el alto mando y la rubia de los ojos verdes.

Nancy salió y me hizo un saludo. Ahora se cubría con un vestido distinto. Había escondido lo de arriba, y enseñaba lo de abajo, con su minifalda, pero seguía siendo una preciosidad.

Se puso a cantar *Hoy te conocí y ya estoy enamorada de ti*. No soy tan creído para pensar que me la dedicaba.

Terminó su canción y vino hacia mí.

—Estoy libre hasta las diez, Rock. Llévame a cenar.

—¿Qué cocina prefieres, Nancy?

—La italiana.

—Trato hecho.

Me dejó para recoger su abriguito y poco después salíamos de allí sin ningún incidente.

Mientras viajábamos en mi coche le conté lo que me había pasado con Francis. Ella rió a carcajada limpia.

—Lo dejarás cojo por unos días, Rock.

—Puse todo mi empeño en ello, pero no sé si lo conseguí.

Fuimos al restaurante Rinaldi y el propio Rinaldi nos atendió. A los que no le conocían decía que había nacido en Nápoles, y hasta les colocaba trozos de canciones de aquella parte de Italia, pero la verdad es que Rinaldi había nacido en Montreal, de padre inglés y madre francesa. Subiendo mucho en el árbol genealógico, su tatarabuelo luchó con Garibaldi por la independencia de Italia, y de ahí le venía lo demás. Rinaldi era un hombre simpático, sabía hacer su papel, y servía unas pastas mejor condimentadas que en muchos restaurantes de Roma. Yo visitaba aquel restaurante al menos una vez por semana y el bueno del canadiense-francés-americano-italiano llamado Rinaldi atendía maravillosamente a mi compañera de tumo. Muchas veces me había preguntado cómo me las arreglaba para llevar a mi lado siempre piezas de concurso de belleza. Y aquella noche no fue una excepción.

Nancy devoró un plato de macarrones y dijo:

—Guardo la línea, ¿sabes, Rock? Pero hoy es mi día de libertad.

—Gracias por la deferencia. Ahora quisiera que me informases acerca de Pamela Pickford.

—¿Qué te pasa, Rock?

—Nada, simplemente lo que te he dicho. Que quiero información.

—Te voy a sacar los ojos.

—¿Por qué?

—Pamela te gustó más que yo.

—No es lo que tú crees.

—¿Y qué debo creer?

—Soy un detective privado, aunque ahora no tengo licencia. Conozco bien a Fred Pickford. Sé que, tarde o temprano, nos enfrentaremos, y en esas circunstancias no puedo descuidar los detalles.

—Está bien, sabueso. Te diré lo que sé.

—Buena chica.

—Pamela fue cantante como yo, aunque también hizo una película. Fue un desastre, pero de rechazo le sirvió para conocer a Pickford porque él había invertido dinero en el filme. Salió unas cuantas veces con ella y el resultado fue que pidió su mano. Pamela no es una de esas principiantes que se obstinan en convertirse en estrellas de primera magnitud de Hollywood. Comprendió que su camino artístico estaba cerrado por su falta de aptitudes y, naturalmente, aceptó convertirse en la señora Pickford, porque era la mejor carrera que podía emprender.

—¿De dónde sacaste esas noticias?

—Lo supe por una compañera que había trabajado con Pamela en la película y, como ya puedes imaginar, también me informó Francis.

Desde que vi a Pamela en el despacho de Fred Pickford, es decir a mi cliente, que yo había conocido con el nombre de Sue Manning, llegué a la conclusión lógica que habría llegado cualquiera. No era casual que la esposa de Pickford hubiese buscado mi ayuda cuando yo debía a su marido mil quinientos dólares. Pamela habría oído hablar de mí al propio Pickford y él se debió referir a que yo era un polizonte sin porvenir. Pamela, que estaba metida en un buen lío con Douglas Landi, un chantajista, decidió valerse de mis servicios para recuperar las peligrosas fotografías.

Bien, todo estaba claro y terminado. ¿Para qué complicarse más la existencia? Había invitado a Nancy Page para sacarle algo de información y porque la chica poseía maravillosos encantos. Por

añadidura, un matón de tres al cuarto que se creía muy listo, Francis Blackmer, quiso alejarme de Nancy valiéndose de amenazas, y yo soy un tipo muy testarudo tratándose de una mujer bonita.

Rinaldi se acercó a la mesa.

—Señor Gilbert, su enemigo.

—¿Qué enemigo?

—¿Quién va a ser? El teniente Sidney Donat. Acaba de entrar. Viene con él otro hombre que me parece policía.

Rinaldi estaba al corriente de lo que había pasado con el teniente Donat.

—¿No es asunto tuyo, Rinaldi?

—No, señor Gilbert.

En aquel momento vi al teniente Donat. Era un tipo de unos cuarenta años, rollizo, atlético, cara que parecía haber sido hecha con pegotes de arcilla. Le acompañaba un hombre unos diez años más joven, rubio, de ojos azules, y también a mí me pareció policía. Los dos vinieron hacia nuestra mesa y el teniente Donat dijo al llegar:

—Teniente O'Hara, éste es su hombre.

Había mucho melodrama en la voz de aquel casposo.

—¿Qué hay, teniente? —le contesté—. Creí que a estas horas estaría reprimiendo el vicio.

—También en este momento trabajo para la policía.

—No me diga.

—Ayudo a un compañero.

El rubio de ojos azules tomó la palabra y me enseñó su credencial.

—Soy el teniente Hugh O'Hara, de la Brigada de Homicidios.

Sentí un pequeño escalofrío en la espalda.

—Tanto gusto, teniente O'Hara.

—¿Es usted Rock Gilbert?

—Sí, teniente. Yo soy Rock Gilbert.

—Queda detenido en nombre de la ley.

Ésas eran las palabras rituales. Las sagradas. Las que ningún ciudadano quiere escuchar.

—He oído que es usted teniente de la Brigada de Homicidios, señor
O'Hara.

—También lo ha podido leer en mi credencial.

—No le presté atención, pero dígame, ¿cuál es el cargo?

—Homicidio en primer grado.

—¿La víctima?

—Douglas Landi.

CAPÍTULO IV

Eso había dicho el teniente O'Hara, que yo había matado al chantajista de Pamela Pickford.

—Teniente O'Hara —contesté con voz ronca—, ¿de dónde ha sacado eso?

—Douglas Landi fue muerto entre las siete y media y las ocho de esta tarde.

—¿Dónde?

—En su casa. La muerte lo sorprendió en la ducha. Estaba abierto el grifo del agua fría.

El teniente Donat intervino:

—Y no tomó una ducha fría, sino una muerte caliente.

Nadie le rió el chiste.

El teniente O'Hara agregó:

—Le hundieron un cuchillo a unas pulgadas del corazón. El homicida huyó, pero pasó una cosa por alto.

—¿Qué cosa?

—Douglas Landi no murió al instante.

—¿Cómo lo sabe?

—Dejó escrito en la pared con sangre el nombre del asesino.

—Le apuesto doble contra sencillo a que ese nombre es el mío.

—Gilbert.

—¿Lo ve cómo acerté?

Sidney Donat se agachó sobre mi haciendo una mueca.

—Hay más, Gilbert…

—¿Por ejemplo?

—Tenemos un laboratorio que trabaja bien. Fueron encontradas

sus huellas en la caja fuerte de Landi. Usted sabe que tenemos las suyas porque fue detective privado.

—Saque todo lo que contiene su caja de sorpresas, teniente Donat.

—No me privaré de eso —rió con ferocidad—. El encargado del edificio lo identificó.

—¿Qué encargado del edificio?

—El del número 1034 de la Calle 67. Usted utilizó un sucio truco para entrar en el apartamento de Landi. Dijo que lo esperaba un dentista, el doctor Rains. Hablamos con el dentista, y no lo conoce, ni tiene su nombre entre sus clientes.

Miré al rubio.

—¿Quién lleva este caso, teniente
O'Hara?
¿Usted o su amable colega?

—Yo, señor Gilbert, pero dejé hablar a Donat para ver cómo reaccionaba usted.

—¿Y cómo esperaba que reaccionase?

—Debe tener una explicación, ¿o lo va a admitir todo desde ahora?

—No voy a admitir nada.

Miré a Nancy. Estaba pálida.

—Lo siento, Nancy. Nos aguaron la fiesta. Tendrás que volver sola al Club 39.

—No te preocupes por mí.

Me puse en pie, saqué unos dólares y los dejé sobre la mesa.

—Ya nos veremos, Nancy.

El teniente Donat dijo su gracia:

—Sí, Nancy, lo podrá ver poco antes de que lo lleven a la silla. Pídame un pase si lo necesita.

—Donat —le repliqué—, le romperé las narices y no va a pasar mucho tiempo.

Levantó la barbilla desafiante.

—Atrévase, Gilbert.

—Ahora no estoy en forma… Teniente
O'Hara,
¿nos vamos ya? ¿O me acepta una invitación para cenar?

—Es muy amable, pero declinaré su invitación.

Hice un saludo con la mano a Nancy.

Rinaldi vino a nuestro encuentro.

—¿Señores, ya se van?

El teniente Donat estaba en su racha de ingeniosidades y dijo:

—El señor Gilbert va a pasar unas vacaciones por cuenta del Estado, pero tal como están las cosas, creo que serán muy cortas.

Rinaldi me miró con el ceño fruncido, y le dije:

—Son fanfarronadas del teniente, Rinaldi. Nos volveremos a ver y para entonces te volveré a enseñar una pieza de concurso.

Seguimos caminando, pero al llegar al *hall* cogí del brazo al teniente O'Hara y nos detuvimos los tres.

—Se me ocurre una pregunta, teniente O'Hara.

—¿Sí?

—¿Cómo descubrieron el crimen?

Contestó Donat por él.

—Somos policías.

—No le pregunté a usted, teniente Donat. ¿Me puede contestar, teniente O'Hara, o es un secreto?

—No hay inconveniente en que lo sepa —dijo O'Hara mientras se tironeaba del lóbulo de la oreja—. Lo descubrió una amiga de Douglas Landi.

—¿Qué amiga?

—Cora Hepburn. Estaba citada con el señor Landi. Entró en el apartamento.

—¿Tenía llave del apartamento?

—Sí, y eso me recuerda que quizá usted no la tenía.

Donat se echó a reír.

—Claro que no la tenía, Hugh. Pero recuerda los antecedentes de Gilbert. Es un exdetective privado. Ellos saben cómo entrar en un domicilio sin necesidad de la llave genuina.

Hice caso omiso de aquella intervención de mi enemigo mortal y pregunté:

—¿Qué relación existía entre Cora Hepburn y Douglas Landi?

—Se iban a casar.

—¿Quién lo ha dicho?

—No lo iba a decir el muerto —contestó
O’Hara
—. No me decepcione, señor Gilbert. Las referencias respecto a su inteligencia y a su ingenio son buenas.

Sidney Donat habló otra vez:

—Una inteligencia y un ingenio diabólico puesto que los ha utilizado para cometer un crimen.

Le solté un puñetazo en las narices. Soy un hombre que cumple su palabra.

Luego tuve que hacer una cosa que me desagradaba. Golpear también a
O’Hara,
pero no quise estropearle el rostro. Me contenté con meterle la zurda en el hígado.

Cayeron por el orden que habían recibido. Primero Sidney Donat, luego
O’Hara,
y yo eché a correr como un demonio.

No podía pensar en ir por mi coche. Seguro que lo habrían localizado antes de entrar en el restaurante y otro policía lo estaría vigilando.

Eché a correr por la derecha y me metí por la primera bocacalle.

La suerte me acompañó. Un taxi estaba cerca y acababa de dejar a un cliente. Me metí en el asiento posterior.

—Al motel Martinique —dije.

El taxista había devuelto ya el cambio y echó a correr.

Miré por la ventanilla posterior y todavía no vi a nadie. Había sabido conservar mi ventaja.

Cuando estábamos cerca del motel Martinique le dije al taxista:

—Recordé algo, amigo. Lléveme al Astoria.

Desde luego no había pensado en ir al Martinique ni al Astoria porque iba a bajar donde me conviniese, pero los policías localizarían a aquel taxista y le harían preguntas.

Terminé por despedir al taxi y continué a pie, hasta la Calle 32. Me metí en un edificio descascarillado que no tenía ascensor.

Subí por una escalera que olía a detritus del infierno y apreté un timbre que no sonó. Golpeé en la puerta varias veces y por fin me abrió Jack Kempton.

—No, Rock, no puedo hacer nada por ti —gritó.

Le puse una mano en el pecho y lo metí dentro de un empellón. Yo fui detrás.

—Eh, Rock, no me la puedes jugar. Sé que Fred Pickford te busca… Soy un buen amigo tuyo y te lo advertí. No te líes con ellos… ¿Y qué es lo que pasó? Que te liaste.

—Estás diciendo tonterías. ¿Por qué, para variar, no te callas y me sirves un trago de *whisky*?

Jack Kempton tenía cincuenta años y había acumulado la experiencia de un par de siglos a través de sus muchas profesiones. Algunas de éstas le habían acarreado alguna condena. Su especialidad era la venta de las cosas más inverosímiles y su operación más famosa, que salió en la primera página de los diarios de la nación, fue la venta de la torre Eiffel a un millonario de Texas. También había vendido el Coliseo de Roma, el Partenón de Grecia y muchas fruslerías, como la cama donde murió Marilyn Monroe, o la carabina con la que fue asesinado el presidente Kennedy. Buscaba a sus clientes en los hipódromos y allí lo había conocido yo unos cinco años antes. Lo tuve como cliente y lo salvé de un serio apuro cuando un par de tipos lo amenazaron con el rapto si no les entregaba mil dólares. Jack Kempton era incapaz de hacer sangre. Jamás había herido a nadie. Jack se enamoró de una mujer perdida y un día ella emprendió el vuelo. Jack tuvo la ocurrencia de despedirse de mí por teléfono y llegué a tiempo de impedir que el gas lo enviase al otro mundo. Estuvo una semana en un hospital y conseguí que abandonase su idea del suicidio.

Me sirvió el *whisky* en un vaso y él se preparó otra ración.

—Soy un tipo que te ha estado agradecido, Rock —dijo—. Pero ya sabes lo que me harán los hombres de Pickford. Y yo soy un condenado cobarde. Puedes llamarme eso, pero ya me tiemblan las piernas pensando que uno de los hombres de Pickford me retorcerá el pescuezo.

—Si ya terminaste te diré que estás equivocado. No son los hombres de Pickford los que me persiguen.

—¿Quién entonces?

—La policía.

Primero se quedó con la boca abierta y luego se echó a reír.

—¿Es cierto, Rock?

—Sí, Jack.

—Demonios, creo que me voy a servir otra ración.

Mientras bebíamos le conté lo que me había pasado y, cuando terminé, dijo:

—Tienes que salir del país. Yo me ocuparé de eso.

—No, no voy a salir del país.

—Pero te atraparán. No tienes defensa. Todo está en contra de ti. Las huellas en la caja fuerte, la identificación del encargado del edificio, y sobre todo, las ganas que te tiene ese condenado teniente Donat…

—Te he dicho que tengo una defensa. Encontrar al asesino.

—Rock, tú no puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque para encontrarlo tendrás que ir por ahí de un lado a otro y, tarde o temprano, te pondrán las esposas.

—Es un riesgo que debo correr.

—Un riesgo inútil. Conozco a un capitán de barco Se llama Simons. Hablaré con él. Con mil dólares te sacará del país.

—No tengo mil dólares.

—Yo tengo unos quinientos… Y si no puedes poner lo que falta, no te preocupes. Yo saldré fiador de ti. Le pagaré a Simons y tú me lo devolverás cuando puedas.

—Eres muy generoso, Jack.

—No hay de qué. Hoy por ti, mañana por mí. Estoy en deuda contigo.

—Si vuelves a hablar de aquello, te pego en las narices. Tú eres mi cliente. Yo trabajé para ti porque era mi deber y te pasé la factura…

—Hay cosas que no se pagan con dinero.

—¿Quieres callar de una vez, Jack? No aceptaré tu propuesta. Sólo me interesa cazar al asesino y es lo que voy a hacer.

—Pero no sabes nada de ese hombre.

—No lo sabía antes de recibir la visita de la señora Pickford, pero ahora ya sé bastante y muy pronto sabré el resto… Tú harás una parte de ese trabajo. Quiero una biografía completa de Douglas

Landi y otra de Pamela, la esposa de Pickford… Pero antes me vas a conseguir la dirección de Cora Hepburn, la mujer que descubrió el cadáver de Landi. Tenía una llave del apartamento. La policía la ha apartado muy pronto del caso.

—Entonces es que no tuvo nada que ver.

—Claro, no tenía nada que ver porque me prefirieron a mí.

—Encontraron tus huellas en la caja.

—Sí, no repitas que también tienen al encargado. Yo sé que no maté a nadie. Te he contado lo que realmente pasó. Landi y yo peleamos. El ganó el primer *round* y yo el segundo.

—Y el tercero lo ganó el asesino.

—Pero yo había abandonado ya el *ring*.

—Vencedor por fuera de combate, míster X —dijo Jack y apuró de una sola vez el *whisky* que contenía su vaso.

—¿Vas a trabajar para mí?

—Sí.

—Estupendo. Empecemos por Cora Hepburn.

CAPÍTULO V

Jack Kempton logró la dirección de Cora y, media hora más tarde, estaba yo apretando el timbre de su puerta.

Me abrió una muñeca pelirroja que se cubría con pantalones y una blusita de esas que dejan el estómago desnudo. Toda ella era una auténtica filigrana. Su bonita cara estaba pintada al estilo más moderno, con unos ojos a lo Cleopatra, y una estrellita dorada en el centro de la frente. Tenía un martini en la mano.

—No necesito nada, vendedor —dijo muy amable.

—No soy vendedor —le contesté y pasé por su lado.

—Eh, ¿adónde va?

—Aquí.

—Salga inmediatamente. No le invité a entrar.

—Soy Rock Gilbert.

No se le cayó el vaso de la mano. Parpadeó un par de veces mientras me observaba y luego cerró la puerta y dijo:

—Creí que lo tenía la policía.

—Logré escapar. ¿No lo sabía?

—Claro que no.

Dejamos correr unos segundos.

—Yo no maté a su prometido, Cora.

La pelirroja bebió un trago de martini y dijo:

—¿Por qué vino a decírmelo a mí? ¿Por qué no se lo dijo a la policía?

—Ya se lo dije, pero ellos no me creyeron y es lógico. Todo lo tengo en contra.

—¿Por qué fue a ver a Landi? ¿Por qué dejó sus huellas en la caja fuerte?

—Usted debe saberlo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque debe estar al corriente de lo que hacía Landi.

—¿A qué se refiere?
—Al chantaje.
—¿Por qué no se larga, señor Gilbert?
—Quiero saber cosas de Douglas Landi.
—Nadie le va a devolver la vida.
—A mí sí.
—Usted está vivo.
—Pero me quieren liquidar y no van a ser muy atentos conmigo. Me quieren sentar en una silla muy caliente.
—Usted lo merece. Mató a Douglas.
—Ya le he dicho que no lo hice yo.
—El escribió su nombre en la pared antes de morir…
—Fue cosa del asesino.
—De modo que él conocía su nombre y la visita que le iba a hacer a Landi para recuperar ciertas fotografías. ¿Cómo iba a saber el asesino eso?
—Usted era la prometida de Douglas Landi y es lógico que estuviese al corriente del chantaje que tenía proyectado contra Pamela Pickford, pero hice fracasar el plan de Landi. Me sorprendió cuando estaba tratando de recuperar las fotografías. Peleamos, gané y me marché. Entonces Landi cogió el teléfono y la puso usted al corriente de lo que pasaba. No iba a haber tal negocio. Nunca podría ordeñar a la Pickford.
—Y entonces decidí ir al apartamento de Landi y, como mi prometido era un tipo sin dinero, rompí mi compromiso y lo maté.
—Contado así parece ridículo.
—¡Es ridículo! —gritó.
—Pero, contado de otra forma, dejará de serlo.
—¿De qué forma, señor Gilbert?
—Me está demostrando que no quería a Douglas. Vino a casa, se puso muy mona y está bebiendo su martini para olvidar los dulces momentos que pasó con Landi. Aunque me gusta la indumentaria de luto que eligió.
—Cada uno puede estar en su casa como le dé la gana.
—Se maquilló demasiado bien. Está esperando a un hombre. Y si usted no mató a Landi, quizá lo mató él.
Se abrió una puerta y apareció un tipo con una pistola en la mano. Era alto, guapo, de cabello y ojos negros.

—¿Por qué has salido, Harry? —gritó la joven.

—¿Es que no lo oíste? Si él hubiese seguido hablando, habría pensado que ese hombre que esperabas podría estar ya aquí.

—Gracias por haberme ahorrado las palabras —repliqué.

—Se cree demasiado listo, Gilbert, pero no lo es ni la mitad de lo que piensa.

Me eché a reír. Todo aquello era muy divertido, aunque la pistola me estuviese apuntando.

—De modo que la bella pelirroja no se iba a casar con Douglas Landi… —dije—. De modo que ella sólo quería su dinero… De modo que existía otro hombre… Y aquí lo tenemos, el estupendo Harry.

—Le voy a meter una bala en las costillas.

—Ande, métame la bala en las costillas, y la policía no necesitará que yo escriba en la pared el nombre del asesino. Primero: se demostrará que yo no maté a Douglas Landi. Segundo: tendrán al asesino que produjo dos víctimas… ¿Qué está esperando, Harry? ¿Ya le tiembla la mano?

—No seas estúpido, Harry —intervino Cora—. Gilbert tiene razón. No puedes matarlo, puesto que tú no mataste a Douglas.

Harry bajó el brazo armado.

—Márchese, Gilbert.

—No, no me puedo ir.

—¡Maldita sea, estamos hartos de su presencia…! ¡Molestó a mi chica!

—Tuve que molestarla porque quiero saber cosas acerca de Douglas Landi.

—Vaya a la policía y que ellos le informen.

—No me gustan los chistes malos.

—No se haga el gallito, Gilbert. No quiero matarlo, pero si me obliga le voy a meter una bala en una pierna. ¿Qué tal le sentaría eso? Se quedaría cojo. También podríamos descolgar el teléfono y decirle a los polis que hemos capturado al asesino…

—¿Y por qué no lo hacen?

—Porque queremos salimos del lío. El negocio resultó mal y se acabó. Cora y yo nos iremos a California.

—¿A qué parte de California?

—¿Qué le importa a usted?

—Mucho, Harry. Usted tenía motivos para matar a Douglas Landi y no me gustaría que me hubiesen elegido como chivo emisario.

—Lo elegimos para nada.

—Douglas Landi se disponía a chantajear a Pamela Pickford, pero él no iba a sacar producto de su delito. Eran Cora y usted los que pasarían unas grandes vacaciones a costa de Pamela. Eso está claro como el agua, pero da la casualidad de que Douglas Landi habría tenido el dinero. ¿Cómo pensaban sacárselo? ¿Haciéndole un cuadro enternecedor? ¿Le pediría Cora a Landi que fuese el padrino de la boda de ustedes dos?

—Deje de decir tonterías.

—Muy bien, las estoy diciendo, pero todavía no sé de qué forma le iban a sacar el dinero.

—Díselo, Cora.

—Douglas me iba a hacer depositaría del dinero —dijo.

—Tenía una fe ciega en usted… —contesté sarcástico.

—Así es.

—¿Y luego?

—Me habría fugado con Harry.

Harry ladró:

—Eso le debe probar que Cora y yo no tuvimos nada que ver con el crimen. Sólo nos interesaba el dinero que Douglas sacase a Pamela Pickford.

—Bien. Lo voy a aceptar.

—Ahora, adiós.

—Falta algo. Quiero saber todo lo que hubo entre Douglas Landi y Pamela Pickford.

—Sólo hubo un romance.

—¿Dónde?

—En Los Ángeles.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Dónde estaba hace un mes Fred Pickford?

—Pregúntaselo a él.

—Se lo estoy preguntando a usted, Harry. Conteste.

—Fred Pickford había ido a Miami para ventilar ciertos negocios. Pamela conocía ya a Douglas y aprovechó la ausencia de

Fred para largarse en avión a Los Ángeles.

—¿Dónde estaba usted, Harry?

—¿Necesita que se lo diga?

—En Los Ángeles y apuesto a que también estaba Cora.

—Todos estábamos allí.

—Y fue cuando planearon el golpe. Douglas Landi decidió chantajear a Pamela Pickford y para ello necesitaba que le hiciese unas fotografías. ¿Quién se ocupó de eso? ¿Usted, Harry?

—No. Yo no hice ese trabajo. Fue, Cora.

—Enhorabuena, Cora. Es usted un buen fotógrafo.

—Donald me proporcionó una cámara con teleobjetivo.

—¡Estúpida, no hables de eso! —gritó Harry.

—Ya lo dijo, Harry —le sonreí.

—¿Y qué? No pudimos llevar a cabo nuestro plan. Usted fue el culpable. Usted rescató las fotografías para devolvérselas a Pamela y nos hundió el negocio… Maldita sea, sabueso… Y ahora que ya se ha enterado de todo, apártese de nosotros…

—Me voy, pero será mejor que no abandonen la ciudad.

Harry se echó a reír.

—¿Lo oíste Cora? Habla como un policía. Dice que no abandonemos la ciudad. ¿Sabe una cosa, Gilbert? Usted debería estar corriendo como si fuese a batir el récord mundial de la milla.

—Me temo que, si me alejase sólo una milla, no tendría bastante.

—Cree que su chiste fue mejor que el mío, ¿eh?

Nada tenía que hacer allí, de momento.

—Hasta la vista —me despedí.

—Hasta nunca —silabeó Harry—. No vuelva por aquí, Gilbert. Olvídese de que existimos.

Ya estaba en la puerta.

—Se me olvidaba una pregunta importante.

—¡Deja ya de preguntar, puerco! —gritó Harry, que cada vez estaba más excitado.

No obstante, dije:

—¿La profesión de Douglas Landi era la de chantajista? Responda, Cora.

—Que yo sepa, nunca lo había hecho con anterioridad. Sólo era un actor fracasado. Últimamente se creía director. Hizo gestiones

para entrar en alguna productora de televisión, pero siempre lo rechazaron Quería hacer una película por su cuenta, pero tampoco tenía dinero.

—Y pensaba sacárselo a Pamela.

—Es posible.

—Pobre Douglas. El ignoraba que dos tipos más listos que él se iban a beneficiar de su chantaje.

Harry levantó otra vez la mano armada.

—Oiga, Gilbert, no tenemos nada que ver con el crimen. Salga de una vez antes de que pierda la paciencia y lo deje cojo.

Salí del apartamento. Cora y Harry no habían quedado libres de sospechas.

Era un condenado lío. Pero había otras personas a las que interrogar. Por ejemplo, a mi cliente, a Pamela Pickford, la rubita de ojos verdes y cuerpo seductor que se había presentado en mi despacho con el nombre de Sue Manning.

Marqué el número que Jack Kempton me había dado.

—Menuda la armaste, chico. Los polis están locos buscándote.

—Sobre todo uno, ¿eh?

—El teniente Donat ha jurado que te sentará en la silla.

—¿Qué hay de Douglas Landi?

—Nació en Las Vegas, en el estado de Nevada hace treinta y cinco años. Fue locutor de una radio local durante mucho tiempo. Simultaneaba su trabajo con representaciones en teatros de aficionados. Un día sintió la llamada de Hollywood, y allí se fue a correr su aventura. Empezó fuerte, porque hizo un tercero o cuarto papel en una película de Paul Newman, pero en seguida se le acabó la racha. Lo bajaron de categoría y aceptó lo que le ofrecían porque tenía que comer. Asistió a unas clases de dirección cinematográfica, una de esas academias particulares que se llaman Estudios de Arte, pero no había logrado dirigir nada. Hay un punto que quizá te interese más.

—¿Cuál, Jack?

—Enamoró a la mujer de un *gángster* de Los Ángeles.

—¿Qué gángster?

—Sam Rollins.

—¿Quién era la enamorada?

—Ella se llamaba Ruth. Ocurrió hace un par de críos. Fue la

única temporada buena de Douglas Landi. Entonces se le vio gastar y hasta se compró un auto deportivo, un «Alfa Romeo»…

—Conque estaba chantajeando a Ruth, la mujer de Sam Rollins.

—Eso nunca se pudo probar, pero si fue así Douglas Landi tuvo mala suerte.

—¿Por qué?

—La mujer de Sam Rollins, Ruth, murió en un accidente de aviación. A partir de entonces, otra vez Landi empezó a ir mal económicamente.

—Claro. Se le acabó la gasolina. Todo encaja. Douglas Landi había probado el sistema. Le salió bien con Ruth. ¿Por qué no ponerlo en la práctica otra vez? Y eligió como víctima a Pamela Pickford.

—Se ve que el muchacho no había nacido para chantajista. En la primera ocasión, un accidente acabó con su víctima, y en la segunda acabaron con él.

—Pero ahora no fue un accidente, sino un cuchillazo dado con alevosía.

—Y tú eres el del cuchillo.

—No gastes bromas, Jack.

A continuación le pregunté por Pamela y no me dijo nada nuevo acerca de ella porque sus informes eran cortos.

—Jack, necesito ver a Pamela —dije.

—¿Y qué quieres? ¿Qué te la sirva en su salsa con jugo de tomate?

—Vete al infierno.

—Ah, sí, claro, tú las prefieres con pimienta.

—Ya basta, Jack.

—Está bien, muchacho… Los Pickford viven en una residencia amurallada. En su casa tendrán grandes comodidades, hasta piscina, y todo eso estará vigilado por un montón de tipos, y si quieres la dirección exacta es: Playa Jefferson 15, en Young Island y, teniendo en cuenta la hora que es de la noche, si les anuncias tu visita, quizá te hagan una recepción por toe lo alto.

—Quiero que saques a Fred Pickford de la casa.

—¿Estás loco? ¿Cómo voy a conseguir yo eso?

—Inventa lo que quieras. Tienes imaginación. Di que se ha incendiado uno de sus negocios, o que presidente lo ha citado en la

Casa Blanca… Quieres ver a Pamela. Voy por la Playa Jefferson y para entonces no quiero que esté Fred Pickford allí.

—¿Crees que se va a llevar a sus guardianes?

—Si sale, tendrá que disminuir el número de los que vigilan la casa. Es lo único que quiero.

—Muchacho, ¿por qué no lo dejas para mañana? Se me ocurre una idea. Pamela acudirá a la peluquería y será el buen momento para que tú la atrapes.

—En primer lugar, no sabemos si irá a la peluquería. En segundo término, puede ir con Fred Pickford. En tercer lugar, la pueden acompañar más hombres. En cuarto lugar, tendría que secuestrarla a plena luz del día. ¿Quieres más? ¡La policía me está buscando para asarme de los pies a la cabeza, y yo no tengo mucho tiempo para probarles que no maté a Douglas Landi!

—Está bien. Rock. Sacaré a Fred Pickford de su casa, aunque de verdad tenga que pegarle fuego a uno de sus negocios.

Viajé en un taxi hacia la Playa Jefferson, pero lo abandoné a una media milla de la residencia de Fred Pickford.

Jack no se había equivocado. La casa estaba rodeada por un muro.

De pronto oí ruidos de coches. Un portón se abrió y por él salieron haciendo crujir los neumáticos hasta tres vehículos. Me había escondido en un matorral al otro lado. En el primero de los coches viajaba Fred Pickford. Sonreí preguntándome qué truco habría utilizado Jack para sacar al lobo de su madriguera. Tendría que ser bueno. Pero lo mejor ocurrió ahora. El portón quedó abierto.

Eché a correr y me detuve junto al hueco. Miré al interior y no vi a nadie. Pasé rápidamente, apartándome del camino, salté un seto y me encontré dentro del jardín.

Justo en ese momento el portón se cerró. Era manejado desde la casa. Había permanecido abierto unos treinta segundos después que salió el último coche.

CAPÍTULO VI

Habían pasado quince minutos desde mi entrada en la residencia de los Pickford y ya estaba en el interior de la casa.

Pamela estaba en la cama, fumando un cigarrillo mientras leía un diario.

—Hola —dije.

Dio un salto y quedó sentada en el lecho.

—¡Gilbert! —dijo.

—El tonto.

—Estás mal de la cabeza… Márchate… ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Con alas.

—Mi esposo salió, pero volverá muy pronto.

—En ese caso, tendremos que darnos prisa para arreglar nuestro asunto particular.

—Ya lo arreglamos. Recibiste mil dólares. ¿O eres tú ahora el que me quiere chantajear?

—Preparaste bien el crimen… Mereces el Oscar del Asesinato Perfecto.

—¿De qué estás hablando, Rock?

—No es el cuento de Caperucita, nena. Son hechos reales. Necesitabas a un idiota para que te hiciese el juego. Douglas Landi tenía las fotografías y yo iba a por ellas, pero tú sabías perfectamente que él me iba a sorprender. Supusiste que pelearíamos. Yo me marchaba y luego tú hacías el resto.

—Es la fábula más absurda que he oído en mi vida.

—Demuestra que es una fábula.

—Yo no fui al apartamento de Douglas.

—¿Cuál es tu coartada?

—Estuve paseando.

—Claro, tú estuviste paseando sólita, con tus propios

pensamientos. Recuperaste las fotografías y te fuiste a por tu maridito.

—Así fue.

—No esperarás que te crea.

—Pregunta al encargado del edificio si entré allí.

—Eso lo habrías arreglado fácilmente con dinero.

—¿Qué iba a ganar yo con matar a Douglas Landi? Lo único que me inquietaba eran las fotografías y tú las recuperaste para mí. No podía temer nada de Douglas. A partir de ese momento, se había quedado sin arma para extorsionarme.

—Muy bien. Vamos a eliminar el dinero. Queda algo.

—¿El qué?

—El amor.

—No te entiendo, Rock.

—Tú podías haber estado enamorada de él y lo mataste por despecho.

—Te estuve esperando en tu apartamento. ¿Lo olvidas?

—Sí, y de mi apartamento te largaste para matarlo. Contaste con tiempo suficiente.

—Tendría que haberme dado mucha prisa.

—Lo habías planeado ya y te resultó sencillo.

—Si hubiese querido matar a Douglas lo habría hecho por encargo. ¿No te encargué a ti también que recuperases las fotografías? Con los mil dólares que te pagué habría contratado a una docena de asesinos.

—Voy a admitir que tú no lo mataste.

—Gracias.

—Fue tu esposo El está al corriente de lo que hubo entre Douglas y tú.

—¡No sabe una palabra!

—Claro. Porque él no te lo dijo.

—Tú conoces a Fred. Si se hubiese enterado de una cosa como ésa, me habría matado a mí.

—Si está enamorado de tu linda personita, reuniría fuerzas para soportarlo.

—Te equivocas. Fred siempre ha querido lo mejor y a mí me considera lo mejor. No me compartiría con nadie y una noche me dijo las cosas más claras.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que si alguna vez lo traicionaba me arrancaría la piel, pero antes empezaría por las uñas. Y ahora lárgate. Fred volverá pronto.

—¿Adónde fue?

—Le llamaron por teléfono. Su hermano Nick estaba jugando una partida de póquer al otro lado del río, en un tugurio del Bronx. Hubo una discusión y se liaron a tiros. Nick recibió una bala en el estómago.

Me pasó una mano por la cara. Si Fred se enteraba de que Jack Kempton era el autor de aquella broma, le pondría una piedra al cuello y lo echaría al río.

—Rock, estoy recordando algo.

—¿A qué te refieres?

—Douglas me dijo que se había afiliado a los Superhombres del Mañana.

—¿Qué es eso?

—Un nuevo partido. Pretenden apoderarse del poder por la violencia. Son racistas. Odian a los negros a los judíos, a los amarillos, para ellos sólo existen los blancos. A su entender se ha empobrecido mucho la raza y hay que vitalizarla y para ello eliminarán también a los blancos que sólo pueden tener deseen dientes física o mentalmente tarados…

—¿Qué más te dijo acerca de los Superhombres?

—Douglas había ingresado en la Sección de los Ángeles, pero tenía que hacer un viaje a Nueva York porque allí está la central.

—¿Dónde concretamente?

—No me lo dijo ni se lo pregunté.

Un tipo entró en el dormitorio con una pistola negra en la mano. Era bajo y gordito, y tenía ojos de asesino.

—Buenas noches, sabueso —dijo—. No está bien visitar a las señoras cuando están en camisón.

—Vine a ver a Fred y, como él no estaba, decidí cambiar impresiones con la esposa —le contesté.

—Llévatelo, Bill —dijo Pamela.

—Sí, señora Pickford.

Observé la mirada que me dirigía Pamela. Sabía lo que quería decirme.

—Vamos, tipo vivo —dijo Bill—. Tú y yo nos vamos a divertir

en grande.

—Buenas noches, señora Pickford —me despedí de Pamela—. Descanse tranquila.

Me dispuse a salir de la habitación y ya tenía preparada mi estratagema, estrellar la puerta en la cara de Bill, pero renuncié en cuanto vi al otro tipo que me estaba esperando en el corredor y que también tenía una pistola en la mano. Era más alto que Bill y menos gordito, aunque también parecía disfrutar de una salud envidiable.

—Hola, pájaro —saludó.

El gordito cerró la puerta y me pegó con el cañón en el cuello.

—Oh, perdón —dijo—. Se me fue la mano.

No llegué a caer, pero tuve la impresión de que me estaban poniendo en el cuello una barra al rojo vivo.

—¿Quién es, Bill? —preguntó el más alto.

—Rock Gilbert. Ése es su nombre, Chester.

—El sabueso, ¿eh? Es la primera vez que lo veo. —Chester me observó atentamente y sonrió—. Bien venido a la familia.

—Gracias, Chester.

—Te voy a meter una bala en las tripas —dijo.

No, no era tan educado como Bill.

—No harás tal cosa, Chester —le contesté—. Atrévete y Fred Pickford te hará responsable.

Fue el nombre mágico. Se detuvo unos instantes y miró a Bill. Éste sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Esperaremos el regreso de Pickford, pero mientras tanto nos vamos a divertir mucho, ¿eh, Chester?

Su compañero se estaba recuperando.

—¿Cómo disteis conmigo? —preguntó para ganar un poco de tiempo y por curiosidad.

—Un criado te vio subir la escalera —dijo Bill.

—Bien, chicos, sentémonos cómodamente y bebamos un poco de *whisky*.

Bill soltó una risita.

—Nada de comodidad y nada de *whisky*, sabueso. Esperaremos al jefe en un sitio que no te va a gustar.

—Será mejor que no volváis a abusar de la fuerza. A Pickford no le gustaría.

—¿Y por qué no le gustaría?

—Porque él y yo tenemos intereses comunes.

—¿Que intereses comunes?

—No diré nada ahora. Sólo hablaré con Pickford.

Chester dio dos pasos.

—Te voy a sacar los dientes…

Era un tipo bestial. Primero una bala en las tripas y ahora quería dejarme para beber leche.

Por fortuna, Bill lo contuvo.

—Espera, Chester.

—¿A qué tengo que esperar?

—Quizá tenga razón. De todas formas, cuando venga el jefe, nos podremos ocupar de él. Si el señor Pickford dice que lo hagamos trocitos, tú y yo nos encargaremos del trabajo.

Chester hizo un gesto afirmativo y Bill me empujó por el corredor.

—Andando, chico.

Yo estaba pensando muy aprisa. ¿Qué pasaría cuando llegase Fred Pickford? Naturalmente, establecería una relación entre su falsa salida de la casa y mi visita. En aquellos momentos ya sabría que a su hermano Nick no le pasaba nada, y estaría maldiciendo al fulano que le había comunicado la falsa noticia y como no lo tenía a mano, descargaría su ira en mí. Por añadidura, había sido sorprendido en el dormitorio de Pamela, la mujer que no quería compartir con nadie. Tenía las cosas muy mal, y sin duda irían a peor.

CAPÍTULO VII

Me llevaron a un amplio *living* y Bill me registró.

—No llevas pistola, ¿eh? —Señaló un sillón—. Siéntate ahí y no te muevas.

—¿Puedo fumar? —pregunté.

—Fuma —dijo Bill.

Me levanté y fui a la mesa.

—Quieto ahí. ¿Adónde ibas?

Señalé una caja en donde debía haber cigarrillos.

Chester se echó a reír.

—El sabueso se cree el más inteligente de los tres. Quiere fumar.

—Vuelve al sillón. Fuma de tus cigarrillos —dijo Bill.

Me quedaba sin probar la resistencia de la ventana y quizá eso fuese mejor para mí porque me habría roto la cabeza.

Saqué un cigarrillo y encendí.

En eso sonó el teléfono y todos lo miramos como si fuese un bicho raro.

Por fin, Bill tomó el auricular.

—¿Sí…? Hola, jefe… ¿Qué me dice…? ¿Que su hermano Nick está bien…? Pero ese fulano dijo que lo habían vapuleado… Entiendo, una falsa noticia —detuvo sus ojos en mí—. Oiga, jefe, tuvimos una visita mientras usted estaba fuera… Un conocido suyo… Ha oído hablar de él… Rock Gilbert, ese detective privado, al que le retiraron la licencia… ¿No le debía mil quinientos dólares? Sí, señor… Está aquí… Se coló en la casa… Lo encontramos en el dormitorio de su mujer… ¿Que lo repita…? Sí, jefe. Lo encontramos aquí… Eh, jefe, ¿me escucha…? Demonios, me ha colgado.

También colgó él, y yo sentí que el sudor me corría por todo el cuerpo. Bien, ya se había informado Fred Pickford y ahora volaría hacia la casa.

Chester también sintió deseos de fumar. Sacó un cigarrillo y un

encendedor pero, tras un intento infructuoso, dijo:

—Me quedé sin gas.

Guardó el encendedor y se dirigió hacia Bill.

Aquél era el único error que iban a cometer. Estaba seguro de ello.

Esperé a que se reuniesen y entonces eché a correr.

—¡Cuidado, Chester! —gritó Bill.

Era ya demasiado tarde. Caí sobre ellos y los tres nos derrumbamos.

Ahora debía de tener suerte y no fallar un solo •movimiento. Descargué un tremendo puñetazo entre los ojos de Chester y tuvo bastante para dormir un buen rato.

Bill se estaba volviendo en el suelo porque había quedado de bruces y le pegué con el filo de la mano en el hombro. Lanzó un grito.

Le golpeé otra vez, ahora en la nuca, y su cara chocó contra el piso. También quedó inmóvil.

La pelea había terminado. Como necesitaba una pistola, me apoderé de la de Bill.

En el *hall* no encontré ningún criado y salí de la casa corriendo. No había preguntado a mis amigos Chester y Bill por la forma en que se abría la puerta, pero la verdad es que había decidido no esperar a que recuperasen el sentido. Si Fred Pickford llegaba con el resto de su pandilla, me iba a ser muy difícil abandonar aquella residencia. Dejé atrás la piscina. Llegué hasta la reja y trepé por ella, pasando a la otra parte. Me dejé caer en el suelo y en ese momento oí los coches que regresaban. Crucé el camino y en ese momento apareció el primer auto.

Me arrojé al suelo, rodando por entre los arbustos.

Unos faros me persiguieron, pero no lograron darme alcance.

El primer coche se detuvo ante la verja y luego llegaron los otros dos y frenaron haciendo crujir los neumáticos.

Oí la voz de Fred Pickford a través de la ventanilla del primer vehículo.

—¿Qué les pasa a esos estúpidos? ¿Por qué no abren?

No quise quedarme para ver lo que iba a pasar. Continué caminando entre los arbustos y, cuando me hube alejado bastante de la casa, salí al camino.

Media milla más allá encontré un taxi y le dije al conductor que me llevase cerca del departamento en donde vivía Jack Kempton.

El propio Jack me abrió la puerta y, al ver mi traje sucio y arrugado, dijo:

—No te fue bien, ¿eh?

Le contesté sentado en un sillón.

—Todo marchó de primera porque me libré de un milagro, Jack. Tu truco resultó bueno.

Le conté lo que había pasado y se rió mucho.

—Menos mal que pudiste escapar, Rock… Ahora pondremos en práctica el plan de fuga con mi amigo el marino.

—No hay fuga.

—¿Quieres seguir adelante?

—Sí, Jack.

—Pero no tienes donde agarrarte. Esa chica, Pamela, parece inocente. Tú mismo lo has dicho.

—Sí, ésa es mi opinión.

—¿A quién quieres meter mano ahora?

—A los Superhombres del Mañana.

—Olvídalo.

—¿Por qué he de olvidarlo?

—He oído decir que son peores que *gangsters*…

—Lo comprobaré.

Marqué el número de la redacción del *Star* y pregunté por mi amigo King Mac Laglen.

—¿Cómo estás, viejo bastardo? —me saludó.

—King, ¿conoces a una mujer llamada Pamela Pickford?

—He oído algo de ella, pero no la conozco personal mente.

—Eso había imaginado.

—Eh, quiero hablar contigo.

—Ya estás hablando.

—Personalmente.

—¿Para qué?

—Eso fue muy gracioso, Rock. Eres acusado de homicidio en primer grado, escapas de dos policías \ me preguntas para qué quiero hablarte. Que yo sepa, sigo siendo periodista.

—Cuenta con la exclusiva.

—Dime dónde estás y me reuniré contigo.

—Nos veremos dentro de veinte minutos en el bar de Sullivan.

—Trato hecho.

Tenía una absoluta confianza en King Mac Laglen. Era un buen periodista y había hecho el servicio militar conmigo en Alaska. La habíamos corrido muchas veces juntos.

Después de colgar dije:

—No quiero que te muevas de aquí, Jack. Te puedo necesitar.

—Va a ser malo para los dos, Rock.

—No te preocupes. Saldré a flote, y por ahora tú no estás metido en el asunto.

—Estoy metido hasta el cuello.

Le pegué una palmada en la espalda.

—Cuenta con quinientos machacantes, Jack. Voy a sacar dinero de esto.

—¿A quién se lo vas a sacar? —Todavía no lo sé, pero te prometo que te pagaré los quinientos.

—Tú sabes que no lo hago por dinero, aunque siempre viene bien.

—No sigas, o me sacarás lágrimas de los ojos.

Cuando llegué al bar de Sullivan, no entré por la puerta principal, sino por la trasera, y para ello bastaron tres golpes.

Sullivan también me debía favores. Era un tipo que había tenido que ver muchas veces con la policía, pero ya estaba limpio. Cuatro años antes se había enamorado de una mujer, se casó con ella y tuvieron tres hijos. Yo había sido testigo de aquella boda.

King me estrechó la mano en el pequeño *living.*

—Vete a tu bar —le dije a Sullivan porque no quería meterlo en el jaleo.

Me dirigió una sonrisa y desapareció.

Mac Laglen estaba bebiendo *whisky* y me serví una ración.

—¿Mataste a Douglas Landi? —preguntó.

—Ni por accidente.

Conté una vez más la historia y luego dije:

—No quiero que escribas nada de momento, King.

—Creí que preterías que lo divulgase.

—No voy a ganar nada.

—Entonces, ¿para qué aceptaste la entrevista?

—Para que me informes de los Superhombres del Mañana.

—¿Tienen algo que ver?

—Douglas Landi pertenecía a la agrupación.

Chasqueó la lengua.

—Son gente peligrosa. Rock.

—No lo serán tanto como Fred Pickford y los suyos.

—Yo diría que mucho peor, porque cuentan con protección política.

—¿Qué clase de protección política?

—Tienen un senador, algunos miembros de la Cámara de Representantes, propietarios de periódicos… Son una minoría, desde luego, pero disponen de una fuerza de choque. He oído decir a algunos de mis compañeros que los Superhombres tienen un depósito con las armas más modernas. Naturalmente, no se sabe el lugar, y hay quien llega a pronosticar lo más inconcebible, un golpe de Estado en Washington… ¿No te ríes?

—Ya ves que no.

—¿Tú también lo crees posible, Rock?

—Hoy día, tal como está el mundo, puede ocurrir lo más extraño. Anda, dime nombres.

—El senador es Berton Wayne, pero no te puedo decir qué miembros de la Cámara de los Representantes están con esos Superhombres porque nadie lo sabe.

—¿Es seguro lo de Wayne?

—No te lo puedo jurar, pero como es un tipo de categoría ha habido filtraciones. Naturalmente, el senador ha negado siempre estar en relación con un grupo político que pretende apoderarse del poder por la violencia.

—¿Dónde vive el senador?

—En Newburgh. Está allí recluido desde hace dos meses.

—¿Recluido por qué?

—Por enfermedad. Una dolencia cardíaca.

—¿Es cierta?

—No lo han podido comprobar, pero se sabe que está atendido por el doctor Donald Trevor, especialista en cardiología. También estamos al corriente de que dos enfermeras cuidan permanentemente a Wayne.

—Supón que voy allí como periodista.

—¿Tú como periodista siendo perseguido por la policía?

—Puedo caracterizarme. Sabes que tengo facilidad para eso.

No le decía nada nuevo. A lo largo de mis investigaciones había tenido que adoptar algunos disfraces. Sin embargo, King repuso:

—¿De qué te va a valer ser un periodista con una cara nueva si Wayne no te recibe? No le conviene la publicidad, y menos la de un periodista desconocido que le hará preguntas muy directas.

—Está bien. Rechazado. ¿Qué se te ocurre, King?

—Conozco a un miembro de esos superhombres. Pertenece a las fuerzas de choque. Es un duro. Se llama Peter Crosby.

—¿Sabes su domicilio?

—Sí.

—Vamos a verlo.

—No, Rock, no cuentes conmigo. Tengo mujer y una hija. No soy de los cobardes, pero hay cosas con las que todavía no me atrevo. Y yo necesitó lo que me pagan todos los meses para llevar adelante a Helen y a Sally.

—De acuerdo. Iré solo.

Me dio la dirección de Peter Crosby, y nos estrechamos la mano.

Antes de que King saliese, le hice prometer que no publicaría nada con respecto a lo que le había contado. Más adelante, le daría la luz verde.

Primero salió él y al cabo de unos minutos lo hice yo. No hacía falta que me despidiese de Sullivan.

Poco después me puse a manejar otra vez la llave maestra.

Peter Crosby dormía en una cama. Di la luz y no se despertó, y la razón era la botella de *whisky* que había en la mesilla. También había un jarro de agua. Cogí éste y volqué el contenido sobre su cabeza.

Peter despertó de un salto y metió la mano debajo de la almohada.

No le dejé que sacase el arma que guardaba allí porque le pegué con la mano abierta en la frente derrumbándolo en el lecho. Cuando logró recuperar la visión, descubrió la pistola con que yo le apuntaba, y dijo con voz estropajosa:

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Rock Gilbert. ¿Te dice algo?

—¿Qué infiernos va a decirme?

—Apuesto a que me conoces.

—¿Por qué he de conocerlo?
—No conteste con preguntas.
—Está bien. Se lo diré de otra forma. Usted está chiflado. Es un ladrón.
—Tú sabes que no soy un ladrón, Peter.
—Entonces, ¿qué quiere?
—Apártate. Quiero ver tu pistola.
—No hay pistola.
—¿Crees que soy estúpido? —dije y le pegué con el cañón en la oreja.
Dio un chillido y rodó por la cama.
Me di mucha prisa en meter la mano y sacar el arma que escondía bajo la almohada. Era una «Luger» negra, reluciente, bien cuidada. Me entretuve demasiado en examinarla.
Peter se lanzó sobre mí manejando un cuchillo.
Retrocedí a tiempo y el cuchillo se hundió en el colchón.
Le pegué en la cabeza con la «Luger» y chilló otra vez. Soltó el cuchillo y me hice cargo de él. No, no tenía manchas de sangre.
—Soy un tipo afortunado —dije—. Al fin di con el asesino de Douglas Landi.
—No sé de qué me habla —contestó.
—Lo sabrás en seguida —dije y le volví a pegar con la «Luger» en el pómulo.
No le hice ninguna herida, pero se puso a chillar como un demonio.
—Ya me cansé de tus gritos —le advertí—. Uno más y te baleo.
Se quedó mudo de pronto.
—Anda, siéntate, Peter, pero no en la cama. Quiero verte a horcajadas sobre la silla. Date prisa o acabarás con mi paciencia.
Se levantó trabajosamente y, gimiendo por lo bajo, se sentó a horcajadas en la silla. Estaba en paños menores y daba risa verlo.
—Ahora no pareces un superhombre, Peter.
—Ya sé quién es usted.
—¿Sí?
—Un pistolero del Poder Negro.
—No, muchacho. No tengo nada que ver con el Poder Negro.
—Entonces pertenece al Poder Judío.
—No, Peter, tampoco pertenezco al Poder Judío, y no me sigas

hablando del Poder Irlandés o del Poder Italiano… De nosotros dos, sólo hay uno que pertenece a una organización de bastardos, y ése eres tú… Sé que eres un miembro de los Superhombres del Mañana.

—¿Y qué?

—No tendría nada que objetar si no hubieses asesinado a Douglas Landi.

—Ni siquiera lo conozco.

Le apoyé el cañón del revólver entre los dos ojos.

—Eh, ¿qué va a hacer? —chilló.

—Retirarte de la circulación…

—Está bromeando…

—Eres un canalla, Peter, y yo soy un detective privado en apuros. En este momento me están buscando para tostarme en la silla. Me acusan de un crimen que no cometí. Y puesto que no puedo probar que tú mataste a Douglas Landi, quiero llevarte por delante.

Arqueé el dedo en el gatillo y vi en sus ojos el terror.

—¡No dispare, Gilbert! ¡Yo no lo maté!

—No me sirve.

—¡Fue Lewis Garland!

—Con eso no me dices nada. Sólo es un nombre.

—¡Es un miembro de nuestra organización! ¡Le encargaron que despachase a Douglas Landi!

Quedé en suspenso unos instantes. ¿Qué valor tenían sus palabras? Podía ser verdad o podía ser mentira. Ni siquiera sabía si existía un Lewis Garland, podría ser un honrado vendedor de aspiradoras a domicilio.

—¿Dónde está Lewis Garland?

—Se marchó.

—Qué lástima para ti.

—¡Está aquí! —gritó al ver que otra vez mi dedo presionaba en el gatillo.

—¿Te refieres a Nueva York?

—Sí, está en Nueva York.

—Lo voy a saber en seguida… Me llevarás con Garland.

—No es posible.

—Ya basta, Peter. Estás jugando con tu vida. Te lo juro. Suponiendo que no me hayas engañado, puedo matarte y buscar por

mi cuenta a Lewis Garland. ¿Estás preparado?

—¡Traeré aquí a Lewis Garland!

—¿Qué vas a hacer para traerlo?

—Le llamaré por teléfono.

—Oh, sí, y le dirás una frase en clave para indicarle el peligro y él no vendrá… Entérate de esto, Peter. Sólo te voy a conceder media hora para que Lewis Garland se presente aquí.

—Es muy poco tiempo. Necesito una hora.

—De acuerdo. Una hora, pero ni un minuto más… Anda, llámalo.

Peter marcó un número de teléfono. Oí cómo sonaba el timbre a la otra parte hasta tres veces.

—No está —dijo.

—Espera.

—Se ha debido marchar y no responde.

—Has marcado un número que no era… Es un truco estúpido y ya te la ganaste.

—¡Quizá me equivoqué al marcar…!

No me gusta abusar de la fuerza, pero aquel Peter Crosby era un elemento peligroso. Pertenecía a un partido extremista y querían acabar no sólo con los hombres que no tuviesen la piel blanca, sino con los propios blancos que sufriesen de asma. Le pegué de nuevo en la cara.

—Marca el número bueno, Peter. Es el último fallo que te consiento.

Marcó otra vez y, después de sonar otras tres veces la señal, descolgaron.

Apoyé el cañón del revólver en el cuello de Peter y acerqué mi oreja al auricular para no perderme el diálogo.

—¿Quién es? —gritó el hombre que estaba a la otra parte.

—Peter Crosby, Lewis.

—¿Qué pasa? ¿Para qué me llamas a estas horas?

—Asunto urgente. El jefe de la sección C te ordena que acudas a mi casa.

—¿Para qué?

—No me lo ha dicho, Lewis.

—Yo ya hice un trabajo y sabes que fue de los buenos… Le cargaron el mochuelo al detective privado…

Peter Crosby no me había engañado. Allí estaba el asesino de Douglas Landi. Le hice una señal para que comprendiese que quería allí a Lewis, tal como habíamos acordado.

—Lewis, el jefe de la sección C dijo que no tenías excusa.

—Está bien. Iré ahí.

—Date prisa.

Peter Crosby colgó y dejó escapar el aire de sus pulmones. Estaba sudando.

—Bien, chico —le dije—. Sigue ahí.

—Déjeme que me vista. Estoy cogiendo frió.

—No te hará mal un poco de aire fresco. Te quedas como estás.

Encendí un cigarrillo y los dos nos pusimos a esperar al asesino de Douglas Landi.

CAPÍTULO VIII

Ya había pasado la hora.

—Peter —dije—, creo que lo vas a pasar mal.

—No tengo culpa de que Lewis se haya retrasado.

—Lewis nunca vendrá y yo sé por qué. Porque le dijiste que no viniese.

—¡Yo no le dije eso!

—Te advertí que no le hablases en clave. Y eso fue lo que hiciste, ponerlo en guardia.

—Juro que no lo avisé. Es mi piel lo que me importa salvar. No tengo nada que ver con la muerte de Douglas Landi.

—Silencio —dije porque había oído pasos en la escalera.

Ahora los oí más claramente. Hice una señal con la pistola a Peter para que se dirigiese hacia la puerta.

Obedeció, pero se detuvo cuando cesaron los pasos a la otra parte.

Sonó un golpe en la puerta y luego otro.

Peter no me apartaba los ojos y le hice un gesto afirmativo para que abriese.

Entró un tipo delgado y se quedó perplejo al ver me con el arma en la mano.

—Eh, ¿qué significa esto?

—Lo siento, Lewis, pero él me obligó —dijo Peter.

Lewis Garland tenía las mejillas hundidas, los ojos saltones y era pelirrojo.

—Lewis —dije—, apoya las manos en la pared y abre las piernas. Ya sabes cómo se desarma a un tipo y yo también lo sé. Si tratas de escapar, te clavaré una bala en la espina dorsal. No vacilaré en hacerlo porque mataré a un asesino.

Dirigió una mirada de odio a Peter.

—¿Has cantado, gusano?

—¿Es que no lo ves? Me obligó.

—Yo te voy a ajustar a ti las cuentas, víbora.

—Se acabó la discusión —grité—. ¡A la pared, Lewis!

Garland apoyó las manos en la pared y abrió las piernas. No me acerqué mucho porque aquel tipo, al verse tan cerca de la silla eléctrica, podría intentar cualquier cosa.

Le quité la pistola y el cuchillo.

—Al parecer es vuestro armamento, ¿eh, superhombre?

Garland volvió la cabeza.

—No le conviene seguir adelante, Gilbert.

—¿Y por qué no?

—Nosotros nos encargaremos de todo.

—¿Qué es todo?

—Lo sacaremos del país.

—Ya llegaremos a eso. Primero quiero saber por qué murió Douglas Landi.

—Yo sólo cumplí una orden de ejecución.

—¿Y quién dio esa orden de ejecución?

—Nuestro Comité Central.

—¿Quién preside ese Comité Central?

—Oiga, nosotros tenemos un jefe de sección y es quien dice lo que tenemos que hacer.

—Nombre de ese jefe.

—Se va a quedar como estaba.

—Es igual. Habla.

—Michael Howard.

—¿A qué se dedica Howard cuando no trabaja para los Superhombres del Mañana?

—Está contratado con una editorial.

—¿Linotipista? ¿Corrector de pruebas? ¿Qué es, maldita sea?

—Un traductor de alemán. Oiga, Gilbert, no hace falta que pregunte. Le repito que nosotros lo sacaremos del apuro…

—¿Por qué me hiciste aparecer como el asesino?

—Fue casual.

—Háblame de eso.

—Llegué a casa de Douglas Landi y lo encontré echando sangre. Lo habían golpeado en las narices. Me contó su visita. Quería tomar una ducha. Fue un buen momento para matarlo, y escribí su

nombre en la pared.

—¿Por qué ordenaron la muerte de Douglas Landi?

—Era un traidor.

—¿En qué consistía su traición?

—Era descendiente de judíos. Cada miembro, cuando ingresa en el grupo, es objeto de una investigación.

—Y en el caso de Douglas Landi descubriste que su tatarabuelo por parte de madre era judío.

—No. Sólo uno de sus abuelos. Por añadidura, falló la misión que se le había confiado.

—¿Qué misión?

—Recaudar fondos.

—Entiendo. Lo elegisteis para que se dedicase al chantaje valiéndose de sus magníficas condiciones para enamorar a las esposas de los tipos podridos de dinero.

—Landi estuvo conforme y cada cual debe dar al partido la cualidad en que más destaque.

—Eres un tipo que sabe explicarse muy bien.

—Oiga, no es cosa mía.

—Oh, no, claro. Fue Michael Howard, el jefe de tu sección, el que te dio la orden de matar.

—Hay una cosa clara. Douglas Landi nunca demostró su capacidad. Tenía las fotografías que le habrían servido para extorsionar a Pamela Pickford. Era dinero seguro y Douglas Landi se dejó arrebatar las fotografías por usted.

—Pero hemos quedado que lo habríais matado de todas formas.

—Lo habríamos matado más adelante, cuando hubiéramos tenido el dinero. Yo estaba encargado de vigilar a Landi.

—Entiendo, cuando hubiese cobrado de la señora Pickford, le habrías pegado el cuchillazo.

—Tuve que adelantarlo cuando se quedó sin las fotografías.

—Y la mejor oportunidad te la brindé yo mismo porque Douglas Landi te explicó que había abierto la caja fuerte. Y por añadidura el encargado del edificio me había visto entrar.

—Así fue.

—Eso quiere decir que el encargado también te vio a ti, pero, claro, compraste su silencio.

—Señor Gilbert…, ya tiene su rompecabezas completo.

—Sí, Lewis, no falta ninguna pieza.

—Entonces podemos hablar del negocio entre usted y nosotros.

—No habrá negocio.

Lewis esbozó una sonrisa.

—Pagamos bien a los que colaboran con nosotros.

—No me interesa. Los dos vendréis conmigo.

—¿Adónde?

—Al precinto de la policía.

—¿Qué quiere conseguir con eso?

—Vas a repetir tu historia, Lewis. Quiero que el teniente O'Hara te escuche desde el principio hasta el final.

—¿Espera que confiese ser el asesino de Douglas Landi?

—Sí, Lewis.

—¡No lo haré!

—Tu relato resultará lógico y el teniente O'Hara es un hombre con sentido de la imparcialidad.

—¡Le repito que no voy a confesar nada!

—Tendrás que hacerlo. El teniente O'Hara sabrá sacarte las palabras. Además, Peter Crosby se pondrá de mi parte.

—¿Peter Crosby? ¿Qué tontería está diciendo…? Pertenece a la organización.

—Pero no tiene nada que ver con el asesinato de Landi y él quiere salvar su piel, ¿verdad, Peter?

Peter titubeó unos instantes y Lewis gritó:

—¡Recuerda lo que les pasa a los traidores, Peter…!

Me llegó el turno de sonreír.

—Peter no es un tonto, Lewis. Fue un error tuyo querer cargarme el muerto. Debiste elegir como chivo emisario a un ciudadano cualquiera antes que a un investigador privado. Ése fue el error por tu parte, y no puedes exigir ahora que Peter cargue con una responsabilidad que nunca aceptó. Al fin y al cabo, no fue encargado de vigilar a Douglas Landi. Tú recibiste esa misión.

—Eso es cierto —exclamó Peter—. Hiciste las cosas mal, Lewis, y por otra parte, tú conoces las normas del partido. En los

momentos de peligro, un miembro debe ayudar a otro, pero no hasta el extremo de perjudicar a la causa…

Lewis apretó sus maxilares mientras sus pupilas despedían chispas de furia.

—Eres un imbécil, Peter. Este tipo no puede hacer nada contra nosotros. Es el culpable de la muerte de Douglas Landi ante los polis.

—Pero el encargado del edificio te vio entrar.

—Ese encargado no abrirá la boca porque lo amenacé con la muerte si rechistaba.

En aquel instante se abrió la puerta y entró un tipo repartiendo plomo con una metralleta.

Me dejé caer en el cuelo y empecé también a mandar obuses.

El fulano de la metralleta salió por la puerta impulsado por dos balas que le metí en el pecho, se estrelló contra la pared de enfrente y cayó en el suelo.

La habitación se había llenado de humo.

Miré a Lewis. Una ráfaga lo había partido en dos. Sus ojos abiertos miraban el techo.

Peter no había tenido mejor suerte. Su cabeza estaba convertida en un pingajo. Había parado los plomos con la cara.

Me levanté, salí de la habitación y bajé la escalera escuchando los gritos que salían de los otros apartamentos.

Al llegar a la calle, seguí moviendo las piernas muy aprisa para alejarme de allí cuanto antes.

Por fin me detuve cerca del río y encendí un cigarrillo. ¿De qué habían valido mis esfuerzos? De nada. El asesino de Douglas Landi, Garland, estaba muerto. Y podía contárselo al teniente O'Hara, pero sólo conseguiría una cosa, que me enviase a los siquiatras de la policía.

Seguía siendo el culpable de la muerte de Douglas Landi. No, no estaban las cosas lo mismo que antes. ¿No lo dije ya? Habían ido a peor. Me había quedado sin el verdadero asesino.

CAPÍTULO IX

Entré en un tugurio que estaba abierto toda la noche y marqué el número de Jack. Necesitaba descansar unas horas, pero quería saber antes cómo estaba el asunto.

—Jack, soy yo.

—Hola, Bill, mi tío Ernest te mandó recuerdos —dijo y colgó.

Aquello quería decir que Jack tenía visita de la policía y, probablemente, sería el teniente Donat.

No, no podía descansar en casa de Jack, pero Nancy me había dado su dirección en el taxi, así como su número de teléfono.

Tuve que esperar unos segundos antes de oír la voz somnolienta de Nancy.

—¿Quién es?

—El chico del lío…

—¡Rock! ¡Qué alegría…! ¿Dónde estás?

—Todavía en circulación, pero perseguido. ¿Puedo ir ahí?

—Y si no vienes te arrancaré las orejas la próxima vez que te vea.

Allí acabó el diálogo telefónico y poco después estaba junto a Nancy, que me recibió con un *déshabillé* de plumas de avestruz.

Me rodeó el cuello con sus brazos y juntamos nuestros labios. Fue el beso que yo necesitaba para recuperar el optimismo y otras cosas.

Era de día.

Nancy no estaba en la habitación. Olfateé aroma a café recién hecho y a tostadas.

Me fui a la ducha y eso me hizo recordar la forma en que Douglas Landi había encontrado la muerte.

Me estaba secando cuando entró Nancy. Estaba resplandeciente de belleza y de hermosura.

Me dio un beso en los labios y dijo:

—Eres maravilloso, querido.

Siguió besándome y tuve que apartarla.

—Déjame que me vista, Nancy. Tengo trabajo.

—¿En dónde?

—En Newburgh.

—¿Vas a cometer esa locura?

—Da la casualidad de que es allí donde puedo continuar la investigación.

—Olvídate de eso.

—Yo podría olvidarlo, pero ¿qué me dices de la policía?

—Ellos se darán cuenta de que tú no pudiste matar a Douglas Landi.

—¿Cuándo se darán cuenta? ¿Dentro de veinte años? Me asarán mucho antes.

Le pegué una palmada en la cadera y la hice salir de la habitación.

Entonces me encontré con la sorpresa de que mi traje estaba planchado y limpio.

Una vez vestido fui a la cocina.

Nancy estaba enfurruñada, de espaldas a mí. La obligué a volverse y aplasté mi boca contra la de ella.

—Nancy, tú sí que eres maravillosa, pero debes comprender que debo seguir adelante.

—Te matarán.

—No les resultará fácil.

Nos sentamos a la mesa. Había preparado un buen desayuno. Huevos fritos con jamón, café con tostadas, mermelada…

—Tendrás una vida muy corta si vas a Newburgh —dijo Nancy.

—¿Otra vez con eso?

Un hombre apareció en el hueco de la cocina. Tenía una pistola en la mano. Aposté a que en el segundo siguiente tiraría a dar y yo guardaba la pistola en el cinturón. Nancy todavía no lo había descubierto pero al ver mi cara volvió la cabeza.

—¡Francis! —gritó.

—Hola, mujerzuela —dijo el rubio con toda la furia del mundo en sus ojos.

—¡No dispares, Francis!

Sabía que las palabras de Nancy no valdrían para detener el dedo de Francis, pero hubo algo que lo detuvo. Un hombre llamado Fred Pickford.

El jefe de Francis exhibía una helada sonrisa.

—Adelante, Pickford —dije.

No hicieron el número que yo deseaba. Primero entró Francis, que era el que manejaba la pistola, y luego Pickford.

—¿Cuántos hombres más trajiste, Fred? —pregunté porque no quería baches en la conversación.

—Hay dos más en el *living.*

—No os oímos llegar.

—Tú estabas muy entretenido y también nosotros sabemos entrar en una casa sin que se den cuenta sus moradores.

—De modo que están ahí fuera Bill y Chester.

—No. Bill y Chester se quedaron en el taller de reparaciones.

—¿Qué les pasó? ¿Tuvieron dificultades al abrir una caja de tomates?

—Fuera chistes, Rock. A Bill y a Chester les pegué una paliza y tendrán que guardar cama unos días.

Quise levantar a Nancy de mis piernas, pero Fred hizo un gesto imperioso.

—Quédate dónde estás, Nancy.

Nancy estaba tirante como la cuerda de una guitarra y le palmeé en el muslo.

—Tranquila, nena. No va a pasar nada.

Francis gritó:

—Fred, saca a Nancy y déjame a Gilbert por quince minutos.

—Más tarde, Francis.

Fred Pickford sacó un cigarrillo del bolsillo superior de la chaqueta y lo encendió con la llama de un encendedor de gas. Arrojó el humo hacia la cara de Nancy y ésta se puso a toser.

—Fred —dije—, eso no se hace con una dama.

—Conozco tus fanfarronadas, Gilbert. Estás representando un papel. No te llega la camisa al cuello. Estás muerto de miedo.

—Supón que lo estoy.

—Te voy a dar motivos para que ese miedo esté justificado.

—¿De quién fue la idea de venir aquí?

—De Francis. Le pago para eso, para que me dé soluciones.

Supimos por un poli que el teniente
O'Hara
había ido al apartamento de tu amigo Jack Kempton pero no estabas allí…

—Enhorabuena, Francis —dije.

El rubio estaba tragando mucho veneno. Cuando lo escupiese, podría matar a toda una ciudad.

—Gilbert —dijo Fred—, tú eres un tipo que también da buenas soluciones.

—Gracias.

—Inventaste lo de mi hermano para hacerme salir de casa.

Tenía que aceptar aquello para no poner en peligro la vida de Jack.

—Sí, fue cosa mía.

Se le hinchó una venilla de la sien derecha.

—Quiero mucho a mi hermano Nick. No es un muchacho normal, y por eso prometí a mi madre que lo cuidaría. Y es lo que he hecho toda mi vida, ocuparme de Nick porque sé que me necesita. Por eso, cuando ayer me dijeron que había muerto, juré que acabaría con una docena de tipos.

—Pero te lo encontraste vivo y debió ser confortador para ti, Fred.

—Sí, Gilbert. En eso tienes razón. Me llevé una gran alegría al ver a Nick Vivo.

—Lo celebro, Fred.

Estábamos hablando como un par de buenos amigos que no se ven desde hace mucho tiempo y se preguntan por la familia.

—Rock, voy a hacer que desees no haber nacido. Me engañaste con lo de Nick y me hiciste pasar un infierno. ¿Y todo para qué? Para sorprender a mi mujer en su dormitorio.

—Cuidado, Fred. No te precipites en tus conclusiones. Pamela ha debido decirte que entre ella y yo no hubo nada.

—¿Qué fuiste a hacer allí?

—Tenía que investigar un caso.

—La muerte de Douglas Landi. Y eso quiere decir que mi mujer tenía algo que ver con el asunto.

—Eso pensé yo, pero estaba equivocado. Ella no estaba relacionada.

—¿Y qué es lo que pensaste?

—No tiene importancia.

—Levántate, Nancy.

La joven saltó de mis piernas como impulsada por muelles.

Fred dio un paso hacia mí. Ahora sonreía porque iba a empezar su actuación.

—Gilbert —dijo Pickford—, te haré otra vez la pregunta… ¿Por qué pensaste que mi mujer estaba relacionada con la muerte de Landi…? Tienes diez segundos para contestar. Y si no das una respuesta satisfactoria, Francis se va a ocupar de ti.

El rubio dijo:

—Por favor, Gilbert, cállate, no digas nada.

Mi situación era única. Si decía la verdad, dejaría de hacer el Don Quijote y Fred se vengaría en Pamela. Pero ¿iba a dejar de vengarse de mí porque le dijese que su mujer y Douglas Landi habían pasado juntos unos días en Los Ángeles y que Landi decidió chantajearla por medio de unas fotografías? La respuesta era fácil. Fred me dejaría en poder de Francis de todas formas, sin confesión o con ella.

—Ya pasaron los diez segundos, Francis —le recordó Fred.

Nancy gritó:

¡Yo sé la verdad…! ¡Pamela tuvo que ver con Douglas Landi!

—¡Cállate! —dije, pero ya era tarde.

Pickford observó a Nancy con las cejas enarcadas.

—¿Qué es lo que has dicho, Nancy?

—Su mujer estuvo con Douglas Landi en Los Ángeles, señor Pickford. Una cómplice de Landi le sacó unas fotografías. Landi iba a chantajear a Pamela y entonces ella buscó a un investigador privado para que la sacase del apuro, y eligió a Rock Gilbert porque le oyó a usted hablar de él.

Lo dijo de carrerilla pero no pudo hacer un resumen mejor del caso. Prácticamente, lo había dicho todo.

—Gilbert, ¿es eso cierto? —preguntó Pickford.

No contesté a la pregunta y habló otra vez.

—Sí, debe de ser verdad. Estoy bien informado del caso. Mataste a Douglas Landi porque se te pusieron las cosas difíciles para recuperar las fotografías.

—No; Fred, yo no lo maté. Sólo peleé con él, pero recuperé las

fotografías.
—¿Quién lo mató entonces?
—¿Qué importa eso, Fred?
—¡Quiero saberlo!
—Un miembro de la organización los Superhombres del Mañana, pero también él está muerto.
—¿Qué fábula intentas colocarme?
—Sabía que no lo creerías, y por eso no quería hablar de ello.
—Lo vas a soltar todo, Rock, y es preferible que lo hagas muy aprisa.
Le hablé de mis relaciones con los Superhombres del Mañana. Cuando hube terminado, se echó a reír, pero rió ficticiamente.
—Algunos han logrado engañarme, pero nadie lo hizo con una historia peor. Mátalo, Francis.
—¡No! —dijo Nancy.
—Cállate, nena, o tú vas detrás de él —dijo Pickford—. Estamos ayudando a la justicia. Rock Gilbert es un fugitivo y en cuanto a ti, pequeña, quedarás confiada a Francis, y será mejor que le obedezcas a partir de ahora.
—¿Qué vas a hacer con tu mujer, Fred? —pregunté.
—También recibirá lo suyo.
—¿Balas?
—No te importa.
—Ella me dijo que le sacarías primero las uñas. ¿Cumplirás tu palabra?
Naturalmente, quería demorar el momento en que Francis apretase el gatillo. No me iba a dejar matar como un cordero. Saltaría sobre él, o sería mucho mejor sacar la pistola y llevarme conmigo a Fred Pickford. Sí, la idea última era la buena. Al menos impediría que Pamela perdiese sus bonitas rilas.
Ya iba a sacar cuando sonó si teléfono.
Uno de los hombres que estaba fuera habló por el micro:
—¿Quién es…?
Fred gritó enfurecido:
—Estúpido, ¿por qué has cogido ese auricular?
—Jefe, es para usted.
—¿Para mí?
—Sí, recuerde que dijo que vendríamos a casa de Nancy. Es Joel

y habla desde su casa. Está herido… Demonios, dice que se muere…

Nancy señaló una extensión que había sobre una mesa y Pickford descolgó el auricular y apretó un botón.

—Soy Fred, Joel. Habla. ¿Qué pasa…? ¿Cómo…? ¡No puede ser…! Sigue, Joel… Está bien…

Colgó a continuación y se enjugó el sudor de la cara.

Los dos hombres que estaban en el *living* se dejaron ver en el hueco de la puerta.

Francis preguntó:

—¿Qué pasa, jefe?

—Media docena de hombres atacaron mi casa…

—No es posible.

—Se llevaron a mi mujer.

—¿Quieres decir que la secuestraron?

—Sí.

—Pero ¿quién pudo hacer una cosa como ésa…? ¡Ya sé! ¡Ese tahúr de Tony Lister que te discute el monopolio del juego en Brooklyn!

—No, Francis, no fue Tony Lister.

—¿Quién fue entonces?

—Los Superhombres del Mañana.

Francis se quedó con la boca abierta.

—No puede ser, Fred —me señaló con la pistola—. Ya sé, es otra trampa de Gilbert. Tiene un cómplice… Eso es.

—Dejaron una nota, Francis… Quieten doscientos cincuenta mil dólares por la devolución de Pamela.

—¿Doscientos cincuenta mil dólares? ¡Esos tipos están locos!

—Saben que yo tengo ese dinero.

—Pero tú no vas a pagar doscientos cincuenta mil dólares por una mujer que te ha engañado. —Francis se echó a reír—. Ella ya no vale nada. ¿No resulta gracioso? Ellos no saben que Pamela te engañó.

Pickford estaba inmóvil, como una estatua.

—Fred —dije—, me comprometo a devolverte a Pamela, y sólo te cobraré cinco mil dólares por el trabajo.

Francis chilló como si le hubiesen puesto un cepo en la nariz.

—¡Fred no necesita a Pamela! ¡No la quiere para nada! ¡Que la maten! Anda, Fred, contéstale de una vez por todas que tu mujer

está mejor muerta.

—¿Quieres cerrar el pico, Francis?

—Pero es que…

—¡Silencio! ¡No quiero oírte!

Por un momento pensé que Francis pudiese disparar contra su jefe porque movió la pistola hacia él, pero quizá sólo fue un movimiento reflejo.

—Baja el brazo, Francis —dijo Pickford.

Su lugarteniente obedeció a la primera.

Entonces Fred clavó sus ojos en los míos.

—¿Estás seguro de que me puedes devolver a Pamela, o sólo es un truco para salvar tu cochina vida?

—Nancy, ¿quieres decirle a Fred Pickford cuál era mi propósito antes de que llegara él?

—Te disponías a enfrentarte con los Superhombres del Mañana.

—Ya lo has oído, Fred —sonreía—. No tenía otro camino que meterles mano porque sólo ellos pueden solucionar mi asunto con la policía. Te dije que el asesino de Douglas Landi había muerto, y me quedé sin la única prueba para demostrar mi inocencia.

—Tú solo no podrás contra ellos. Si aceptase tu oferta para recuperar a Pamela, tendrías que disponer de algunos hombres. Dime cuántos.

—No necesito a nadie.

—No seas estúpido.

—Fred, no se trata de una bravuconada. Tendrán a Pamela en una casa y estará bien vigilada. Es trabajo para un solo hombre. Piensa con sentido común y te darás cuenta de ello.

—Sí, creo que tienes razón. Trato hecho.

Francis fue a protestar de nuevo, pero Pickford lo interrumpió con un manotazo. Luego dijo:

—Tienes veinticuatro horas, Rock. Si en ese plazo no me has devuelto a Pamela o se te ocurre desaparecer de Nueva York, no habrá lugar en la tierra en que no te busque. No puedes fallar. Quiero recuperar a Pamela y la quiero viva, ¿lo oyes, Rock?

Asentí con la cabeza y luego Fred Pickford dijo:

—Vámonos, chicos.

CAPÍTULO X

Ya estaba en Newburgh. Había viajado hasta allí en el coche que me prestó Nancy, pero no utilicé el camino principal, el Thruway, sino uno secundario, siguiendo la orilla derecha del Hudson, a través del Storm King St. Park y bordeando la Academia Militar de West Point.

Las dos últimas horas que pasé en el apartamento de Nancy habían sido de un trabajo intensivo. King Mac Laglen me proporcionó un carnet de identidad en el que se acreditaba que yo, George Devine, trabajaba para una Agencia de noticias londinense, llamada Internacional News of the World.

Aparqué el coche en la calle principal y me metí en un bar donde pedí un *sándwich* y cerveza. Mientras lo servían fui a la cabina telefónica y marqué el número de la residencia del señor Wayne.

Una voz antipática dijo:

—Residencia del senador Wayne.

—Soy George Devine, periodista. ¿Con quién hablo?

—Con un criado. Señor Devine, ¿qué quiere?

—Hablar con el señor Wayne.

—No puede. El senador no sostiene conversaciones con los periodistas.

—¿Y quién se lo prohibió?

—El doctor.

—Oiga, amigo, si no puedo hablar con el señor Wayne póngame con su secretario.

—No tiene secretario, sino secretaria.

—Muy bien. Hablaré con ella.

—Lo siento.

—Oiga, esto es importante. El senador Wayne tiene mucho que ganar y muy poco que perder. Vengo de Londres. Dígalo así.

—Está bien. Veré lo que puedo hacer.

Deseé con todas mis fuerzas tener éxito. De lo contrario, no sé cómo iba a entrar en aquella residencia. ¡Utilizando otro truco a lo Jack Kempton! Pero daba la casualidad que el senador Wayne no tenía ningún hermano, y su mujer había muerto, y no habían tenido hijos. No, no había un familiar al que echar mano para decir que había recibido un tiro en el estómago o en una pierna.

—Señor Devine —me anunció el criado—, va a hablar con usted la señorita Norma Turner, la secretaria del senador Wayne.

—Gracias.

El receptor cambió de mano y una voz femenina dijo:

—¿Señor Devine?

—El mismo.

—¿A quién representa, señor Devine?

—A la Internacional News of the World, de Londres.

—¿Qué desea?

—La dirección de mi Agencia está interesada en ciertos aspectos de la vida del senador Wayne.

—¿Qué aspectos?

—Me temo que no puedo hablar ahora de ello, señorita Turner. Me recomendaron mucha discreción. Traigo un saludo personal de lord Kenny para el senador Wayne.

Yo sabía que lord Kenny se había distinguido en Inglaterra por sus simpatías con ciertos movimientos reaccionarios y que estaba en contra de la emigración a las islas Británicas de los pueblos indígenas de su antiguo imperio.

—De acuerdo, señor Devine. Lo recibiré yo.

—Dije que quiero hablar con el senador Wayne.

—Pero ha de pasar primero por mí, señor Devine.

—¿Y luego?

—Yo seré quien decida si puede hablar con el senador Wayne.

—Así que me someterá a un *test*.

—Es imprescindible, señor Devine, a no ser que quiera renunciar a su misión.

—De ninguna manera. Me confiaron un trabajo y quiero hacerlo. Dígame a qué hora debo ir a la casa, señorita Turner. Pero debe de ser pronto. Sólo puedo estar un día en Newburgh.

—¿Qué hora marca su reloj, señor Devine?

Eché un vistazo a la esfera.

—Las nueve y media.

—¿Podrá estar aquí dentro de media hora?

—Seguro.

—Hasta luego, señor Devine… Oh, se me olvidaba. ¿Conoce el camino?

—No. Porque es la primera vez que vengo aquí.

—Sólo tiene que seguir hacia el Norte. Encontrará una bifurcación. Tome el camino que dice: A Middle Hope. A dos millas de la bifurcación, encontrará otro cartel que le señalará la residencia del señor Wayne. Se llama Mandrágora. ¿Quiere que se lo repita?

—No hace falta. Memorizo bien.

Colgó ella y luego lo hice yo.

Despaché el *sándwich* y la cerveza y monté otra vez en el auto.

No me perdí. De modo que diez minutos antes de la hora señalada por Norma Turner, llegué ante la residencia del senador Wayne. Estaba en la falda de una montaña rocosa, como todas las que había en aquellos lugares, y no había hecho falta construir un muro defensivo, como en la del *gángster* llamado Fred Pickford, porque la roca natural, cortada a pico, formaba una verdadera barrera inexpugnable. Habría sido un buen ejercicio para los alumnos de la Academia Militar de West Point asaltarla, y para ello habrían tenido que utilizar los medios más modernos.

Para entrar por las buenas sólo había un gran portón y, cuando llegué, dos perros que parecían salvajes se lanzaron sobre los barrotes pegando ladridos, ensenando la dentadura, echando fuego por los ojos.

—Tranquilos, muchachos, tranquilos —dijo un hombre que medía casi dos metros y que se cubría con traje de pana.

—Soy George Devine —le dije.

—Ya me avisaron de la casa, pero tendrá que enseñarme su credencial.

Bajé del auto y le enseñé el documento que me había dado King Mac Laglen.

Estuvo mucho rato mirándolo, y empecé a dudar que supiese leer.

—¿Esa fotografía es de ahora? —preguntó por fin.

—No. De hace cuatro años, cuando entré en la Agencia.
—Ha cambiado un poco.
—Todos cambiamos, amigo. El tiempo no pasa en balde.
—Le voy a abrir —sentenció.
Di un suspiro de alivio.
Volví ante el volante y se abrió el portón y pude meterme por el camino que conducía a la casa.
El jardín estaba maravillosamente cuidado, era muy grande, y a la derecha se ubicaba la piscina que tenía el tamaño reglamentario para celebrar una olimpíada, con su torre para saltos de trampolín.
Un hombre bajó por una escalera y me señaló la derecha.
—Lleve allí el coche.
Me estaba indicando la cochera, pero no pude meter el vehículo allí porque estaba llena con un «Rolls-Royce», dos «Cadillac» y un «Jaguar». Lo dejé fuera y salté.
Dos tipos se ocupaban de lavar uno de los «Cadillac» y me miraron con interés.
Los dos fulanos eran delgados, ágiles y con caras que parecían sacadas de «los diez hombres más buscados del FBI».
—Buenos días —dije.
Ninguno de ellos me contestó. Se limitaron a observarme como si yo fuese un bicho raro.
Les dirigí una sonrisa y un saludo con la mano y caminé hacia la casa.
El hombre que me había indicado que fuese al garaje, me tendió su mano.
—Soy Ralph Hayden, jefe de Relaciones Públicas del senador Wayne.
Lo dijo así, pero indudablemente quería decir que era jefe de protocolo de los Superhombres del Mañana.
—Tanto gusto, señor Hayden.
—Su credencial, por favor.
La mostré por segunda vez y él examinó como un entomólogo que examina a una extraña mariposa que todavía no tiene en su colección.
—Su Agencia no es muy conocida, señor Devine.
—Nos movemos en un plano muy discreto debido a la fuerte oposición que encontramos en Europa, pero tenemos sucursales en

las capitales más importantes.

King Mac Laglen me había informado todo lo que pudo acerca de la Internacional. Yo podía contestar algunas preguntas y evadir las que me complicasen.

—¿Quién es su jefe?

—Sigmundo Powers.

—¿Edad?

—Cincuenta y cinco años.

—¿En qué partido milita el señor Powers?

—Ha figurado durante mucho tiempo en el laborista, pero lo abandonó hace diez años y entró en el Movimiento de Independencia Europeo, con sede central en Múnich.

Me devolvió la credencial.

—Correcto, señor Devine. Hablará con la señorita Turner.

Entramos en la casa y fuimos a un gran despacho. Tras una larga mesa había una joven con gafas que examinaba unos papeles.

Ralph Hayden tosió suavemente.

—Señorita Turner.

—¿Sí? —dijo la joven sin levantar los ojos.

—Acaba de llegar el señor Devine.

La señorita Turner alzó el rostro y valió la pena, porque era bonita, con unos ojazos enormes, negros, y una boca de labios gruesos, el cabello azabache, muy cortito.

—Bien venido, señor Devine.

—Gracias, señorita Turner.

—¿Vio su credencial, señor Hayden?

—Sí. Está conforme.

—Puede dejarnos solos, señor Hayden.

El jefe de Relaciones Públicas dio media vuelta y salió del despacho, cerrando a sus espaldas.

La joven me señaló un sillón de cuero.

—Puede sentarse, señor Devine.

—Muy amable —dije y me senté.

—¿Por dónde quiere empezar?

—Quiero escribir tres crónicas acerca de los Superhombres del Mañana.

Era mejor atacar en directo.

—Estoy dispuesta para darle información general.

—No quiero sólo información general, señorita Turner.
—¿Y qué es lo que quiere?
—Planes y fines.
—Me temo que eso no se lo podré decir.
—Por eso quiero llegar hasta el senador Wayne.
—El señor Wayne sufre una dolencia cardiaca.
—Falsa.
—¿Cómo?
—He dicho que la dolencia cardíaca es falsa.
—¿Quién le contó eso?
—Mi jefe en Londres. Admito que no lo dejó sentado como una cosa fija, pero opinó con muchos razonamientos. El senador Wayne se encuentra en un momento delicado con respecto a los Superhombres del Mañana y quiere rehuir cierta clase de publicidad. Mi jefe le considera razonable, pero deben tener en cuenta algo muy importante.
—¿Qué cosa, señor Devine?
—Mis crónicas no aparecerán en periódicos americanos. Sólo serán incluidas en los diarios del Movimiento de Independencia Europeo que están suscritos a nuestro servicio de noticias.
La joven se levantó y dio la vuelta a la mesa. Tenía el tipo adecuado a su belleza, con dos piernas sensacionales, y sobre todo, un cuerpo de la más alta categoría, anchas las caderas, estrecha la cintura y un busto a lo Sofía Loren. La secretaria perfecta para que un jefe se queme en el infierno.
Se apoyó en el filo de la mesa y con ello proyectó sus senos hacia adelante.
—Por favor, no se ponga así —le dije.
—¿Por qué?
—Soy muy sensible a los encantos femeninos.
Sus mejillas se tiñeron de rojo y dejó de apoyarse.
—Señor Devine, en nuestro partido no hay tiempo para ciertas cosas.
—Siempre se producen lagunas que uno debe aprovechar y, si no ha aprendido eso, estoy dispuesto a enseñarla.
—Me temo que no habrá venido a ocuparse de cosas personales. Me disponía a hacerle el *test*.
—Adelante, señorita Turner.

—¿Qué le sugieren los negros?

—Una mancha de tinta.

—¿Es un chiste, señor Devine? Trato de saber sus ideas acerca de los problemas que tenemos planteados en nuestra comunidad nacional… Le repetiré la pregunta, señor Devine. ¿Qué opina de los negros?

Estaba metido en el lío y no tenía más remedio que contestar en la forma que ella quería.

CAPÍTULO XI

—Creo que los negros deberían formar una nación independiente —respondí—. En los Estados Unidos hay mucho territorio, de modo que se les podría dar un trozo suficiente.

—Imagino que se referirá a los que se quedasen.

—Oh, sí, habría que hacer una limpieza general. Algunos son sucios, de modo que habría que gastar mucho tabón y mucha agua.

—Tenemos otro sentido de la limpieza general.

Sabía que se refería, a la metralleta, a los campos de concentración y a la fosa común, y quizá a la cámara de gas, un procedimiento pata matar más barato y aseado.

—¿Qué me dice de la solución que se refiere a transportar a los negros al África, señor Devine?

—Teniendo en cuenta los millones que son, resultaría una operación muy costosa. Además, me temo que no existe ningún país africano con capacidad para absorber tal número de población. ¿Cuál es su solución al problema, señorita Turner?

—Soy yo la que hace las preguntas, señor Devine, pero le diré que todavía no hemos adoptado una solución definitiva al problema. El senador Wayne opina… —se interrumpió.

—Continúe.

—Creo que puedo decírselo, aunque él luego lo rectifique. El señor Wayne dice que la decisión final se adoptará en el momento oportuno.

—Cuando ustedes sean los dueños del país.

—Así es. Prosigamos, señor Devine —hizo una pausa y se tironeó de la orejita derecha.

Estaba muy mona así, pensativa. Era una lástima que la chica hubiese seguido aquel camino que conducía a su perdición.

—¿Dónde nació usted, señorita Turner?

—En Boston.

—¿Qué le pasó en Boston?

—¿Cómo?

—Boston es una ciudad con mucha crema. ¿Estaba usted en la parte de arriba? ¿O quizá nació entre las familias de las afueras?

—No, señor Devine, en mi familia tenemos árbol genealógico.

—Imagino que será un árbol muy tupido.

—Noto cierta ironía en su voz, señor Devine.

—Disculpe, pero es sólo una apreciación suya. Estoy muy interesado en lo que se refiere a usted, señorita Turner.

—Mi padre era banquero y presidente de una compañía ferroviaria. Fue arruinado durante una crisis y se suicidó. No pudimos salvar nada. Tuve que terminar mis estudios universitarios por mi cuenta, pero logré salir adelante gracias a mi voluntad…

Ése era el caso de Norma Turner, una resentida, una mujer que mordía clavos contra la sociedad que supuestamente, había sido causante de que su padre dejase de ser un hombre importante. Y se quería vengar de todo el mundo.

—¿Se enamoró alguna vez, señorita Turner?

—¿Eh…? No, no hace falta que repita la pregunta. Me pilló desprevenida, señor Devine. No creo que sea de su interés la respuesta.

—Todo lo contrario. Me interesa mucho.

—Otra vez vuelve usted a su punto de vista personal.

—Lo admitiré.

Me miró con las cejas enarcadas y la boquita entreabierta.

—No, señor Devine, no me he enamorado nunca. Ni pienso enamorarme.

—Apuesto a que no existe un caso de inmunidad contra el amor como el suyo.

—¡Ya basta, señor Devine!

—Como quiera, pero es una pena.

—¡No consiento que me tenga lástima! —gritó furiosa y cerró los puños contra los muslos.

Estaba llena de ira y no era ninguna representación.

—Necesita un calmante —dije y caminé hacia ella.

No se movió una pulgada y yo le pasé tranquilamente una mano por la cintura y la besé.

—Reptil, ¿qué ha hecho? —chilló.

—Yo deseaba el beso y ustedes dicen que uno debe tomar lo que desea.

—Se va a arrepentir para toda su vida… Llamaré a dos de los miembros de la organización y les ordenaré que lo azoten.

—¿Por qué no me echa los perros? Me refiero a los de la entrada. Ellos me vieron antes y tienen derecho de prioridad.

Los dos nos levantamos, pero ella no fue hacia la puerta ni agitó una campanilla. Mi última respuesta la había desarmado.

—Señor Devine, he tratado de ayudarle a cumplir su misión periodística.

—Y yo acabo de agradecérselo.

—¡No me gusta esa clase de agradecimiento!

—Pensé que era el mejor.

—¿Por qué lo pensó?

—Porque me sentí atraído por usted y yo pensé que la atracción era mutua. Me di cuenta de que usted lleva aquí una vida militarizada.

—No llevo uniforme.

—Claro que lo lleva, en su interior, debajo de su pie. Habla de liquidar negros como si estuviésemos en la temporada de los grandes saldos.

—Cállese.

—A la orden, capitán.

—¿Qué ha dicho?

—Oh, perdone, debí llamarle coronel. Ocupa usted un cargo muy alto.

—Señor Devine, es usted un insolente.

—Debo serlo en mi profesión de periodista —repuse porque me di cuenta de que había llevado aquella discusión demasiado lejos.

Mis palabras fueron acertadas porque en seguida dijo:

—Limítese a la misión que le ha sido confiada, señor Devine.

—Muy bien. Me limitaré a ella, a no ser que usted me pida otra cosa.

—¡No le voy a pedir nada, señor Devine!

—Por mi parte, desde ahora, está firmada la paz.

—Por la mía también.

Exhalé el aire de mis pulmones, porque sin darme cuenta, dejándome llevar por mi impulso, había estado a punto de echarlo

todo por tierra.

—Siga con su *test*, señorita Turner.

—Ya lo acabé.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Almorzará con el senador Wayne.

—¿Cuándo?

—Dentro de una hora.

—Estupendo. Mientras tanto, usted y yo pasearemos por el jardín.

—Yo no tengo tiempo para pasear por el jardín, señor Devine.

—Hay una hermosa piscina y quería invitarla para que nos bañásemos juntos.

—Vaya usted solo, si quiere bañarse. Yo tengo trabajo.

—Como quiera.

Salí de la casa.

Hayden estaba en el porche.

—¿Ya se va, señor Devine?

—No. Almorzaré con el señor Wayne. Voy a nadar un poco en la piscina, pero no traje bañador.

—Encontrará bañadores en la cabina número dos.

—Gracias.

Fui a la cabina número dos. Estaba bien decorada, con unos armarios en donde se guardaban docenas de *shorts*. Elegí uno poco llamativo, color gris plomo, y cuando lo tuve puesto, fui a la piscina.

Subí al trampolín más alto y pegué el salto. No fue muy bueno.

Braceé de un lado a otro durante un rato y de pronto oí una voz femenina.

—Hola.

No, no era Norma Turner, pero el cambio no se notaba. Se trataba de una rubia con bikini y poseía un cuerpo que hacía olvidar el de Marilyn Monroe.

Dejé de bracear y hundí la cabeza en el agua.

—Eh, chica —le dije cuando pude salir a flote—. Esas cosas se avisan.

Le hizo gracia y se echó a reír.

Luego saltó desde el borde de la piscina y vino hacia mí.

—Tú debes ser una de las enfermeras —dije.

—Acertaste. Priscilla Reed.
—George Devine. Periodista.
—La señorita Turner ya me habló de ti.
—¿Sí? ¿Y qué te dijo?
—Que tuviese cuidado contigo.
—¿Por qué?
—Porque eres un pulpo.
—¿Tan feo soy?
—No lo dijo por tu fealdad. Resultas muy varonil.
—Me emocionas, Priscilla.
—Lo dijo por tu costumbre de atrapar a mujeres incautas.
—La señorita Turner es lo menos parecido a una mujer incauta.
—Te desafío a una carrera.
—¿Qué distancia?
—Dos vueltas a la piscina, pero hay que tirarse desde lo alto.
—Trato hecho.

Trepé arriba y la ayudé a subir a ella. Resbaló y la tuve que sujetar por la cintura para evitar que cayese y se hiciese daño.

Ella me miró con grandes ojos azules y dijo:

—Resulta que es verdad. Tienes muchas manos. Ten cuidado. Nos estarán espiando.

La solté porque no quería que la pusiesen en el potro del tormento. Priscilla podía ser una buena aliada. No, ella no era una chica con inhibiciones como Norma Turner.

Fuimos al trampolín y nos pusimos juntos en el borde.

—¡Ya! —dijo ella y se arrojó al agua.

Yo fui detrás.

Era una buena nadadora la condenada y eso era debido a que su cuerpo era perfecto, con unas piernas largas y los brazos adecuados para competir.

Tuve que hacer un gran esfuerzo, pero no me valió. Ella siguió aumentando su ventaja.

Terminó la carrera sacándome dos metros de ventaja.

—¿Qué te pasó, George? —preguntó.

—Tú tuviste la culpa. Me electrizaste.

Se sintió halagada.

Salimos de la piscina y nos tendimos en la yerba.

—¿Desde cuándo estás aquí, Priscilla?

—Llevo sólo seis semanas.

—¿Quién te recomendó?

—El doctor Donald Trevor.

—¿Casado?

—Sí, pero se ha hecho ilusiones conmigo.

—¿Y tú cómo respondes a esas ilusiones?

—Una enfermera no puede elegir mucho. He conocido tiempos muy malos, George, y por nada del mundo volveré a una vida miserable.

—Hay otros caminos.

—Para un hombre sí. Para una mujer existen demasiadas barreras que obstaculizan su camino. Y una, al cabo del tiempo, se da cuenta de que todos conducen a un mismo lugar y no es precisamente a Roma. Este trabajo me gusta.

—Claro. No tienes nada que hacer puesto que el senador Wayne no sufre ninguna dolencia cardíaca.

Me miró con aire de sospecha.

—¿Te lo dijeron?

—Lo sabía antes de llegar. De modo que puedes ser sincera conmigo. No soy de los que venden a un amigo, especialmente si se trata de una mujer.

—Esto acabará pronto.

—¿Cuándo?

—En un par de semanas. Sólo fui contratada por dos meses.

—¿Y qué pasará luego?

—Me han prometido ser jefe del Servicio de Enfermeras en un hospital del Estado.

—Claro, ellos tendrán el poder.

—Por lo que he oído, no se les va a escapar, pero estoy hablando demasiado.

—Ya te he dicho…

—Sí, que no vendes a un amigo, pero he llegado a la conclusión de que aquí hay micrófonos por todas partes.

—¿Cuántos son los que vigilan?

—He visto a una docena. Están en la casa, en el jardín, en la cochera… He tenido que frenar a un par de ellos que se han sentido un poco indisciplinados. Uno me atrapó de noche y me llegó a golpear. Por fortuna escapé. ¿Y sabes lo que hicieron con él? Le

pegaron una tremenda paliza. El tuvo la culpa, aunque yo no pedí que lo golpeasen. Tiene cuatro costillas rotas y está en la enfermería. A mí me confiaron un trabajo extra. Me ocupo de la enferma que trajeron anoche.

Sentí un estremecimiento. Aquella enferma no podía ser otra que Pamela Pickford.

CAPÍTULO XII

—¿Que enferma? —pregunté.

—Una hermana de Hayden.

—¿No es extraño eso? Esto no es un hospital.

—Hayden quiere mucho a su hermana, según dijeron, y la quiso traer aquí.

—No encontré a Hayden muy afectado. Pero, dime, ¿qué le pasa a su hermana?

—Sólo la he podido ver una vez, cuando la trajeron. Estaba como drogada. Hayden me explicó que sólo estará aquí provisionalmente. El doctor Trevor la mandará hoy o mañana a una clínica.

—¿Dónde está?

—Preguntas mucho acerca de esa joven.

—Me interesa todo lo que se refiere a esta casa.

—En una habitación del piso alto, la tercera a la izquierda subiendo la escalera, pero no se te ocurra ir a verla. Hay permanentemente un hombre en la puerta.

—¿Y qué haces tú por ella?

—Me limité a darle el tratamiento indicado por el ductor y luego me retiré.

—¿La has visto hoy?

—El doctor Trevor me dijo que la hermana de Hayden descansaba y que ya me daría las órdenes oportunas a mediodía.

Bien, tenía localizada a Pamela Pickford, y yo estaba en la piscina, bañándome con aquella rubia enfermera que me estaba dando una información preciosa, y que por tanto haría peligrar su vida.

¿Cómo iba a sacar a Pamela de allí si la continuaban drogando? ¿Han probado a llevar a cuestas una mujer inconsciente? No, yo tendría que ser Sansón para huir. ¿Y cómo burlaría al hombre que

estaba en la puerta? Pero lo terrible del caso era que no me bastaba escapar con Pamela, puesto que con ello solo quedaría bien con Fred Pickford y ganaría cinco mil dólares. ¿Cómo iba a probar mi inocencia ante los de la Brigada de Homicidios de Nueva York?

Me maldije por haber aceptado el trabajo de Pickford. Pero ¿qué podía hacer en aquellas circunstancias, el día anterior? Había evitado que Francis me llenase de plomo y que se llevase a Nancy como regalo de su jefe. Me había metido en un estercolero, y, cuando pretendía salir de él, no hacía sino hundirme. Y ya estaba metido hasta la barbilla.

Priscilla se inclinó sobre mí y me besó en los labios.

Le puse las manos en los hombros.

—Nena, ¿quién es el pulpo?

—Yo —rió la hermosa rubia.

—¿No tienes miedo a que nos vigilen?

—Es que ha sido la despedida y en este momento no iros están vigilando.

—Qué suerte —dije y la besé yo.

Me soltó un empellón y se puso en pie.

—Sin extralimitarse, George.

—Eh, no digas por ahí que yo fui el primero o me romperán unas cuantas costillas.

Continuó riendo mientras corría hacia la cabina destinada al sexo femenino.

Pocos después, la vi salir cubriéndose con *shorts* y con una blusita. Estaba tan preciosa como antes.

—Hasta luego, vampiro —dijo.

—Ten la ventana abierta a las doce de la noche.

—Lo pensaré.

Me quedé solo. En una mesa había dejado mis cigarrillos. Fui allí y encendí uno. En otra mesa rodante vi muchas botellas y vasos. Me serví una ración de *whisky*.

Estaba invitado a almorzar con el senador Wayne, pero, si la entrevista terminaba con el almuerzo, tendría que entrar allí de noche en busca de Pamela. Recordé las últimas palabras de Priscilla. Yo podía haber sido el conde Drácula y, con un aleteo, habría salvado los escarpados muros.

Al cabo de un rato, Ralph Hayden se acercó.

—Señor Devine, ha de vestirse.
—¿Se adelantó la hora del almuerzo?
—El señor Wayne tiene una importante reunión a mediodía.
—¿Dónde?
—No es asunto suyo.
—Está bien. Me vestiré.
—Lo espero.
Fui a la cabina y después de tomar una ducha me vestí.
Regresé junto a Hayden, que estaba bebiendo menta con hielo.
Dejó el vaso y echamos a andar hacia la casa.
Entramos en un salón donde se encontraba un hombre de unos cincuenta y cinco años, de pelo blanco, carirredondo.
—El senador Wayne, señor Devine.
El senador se puso en pie y estrechó mi mano.
—Encantado de conocerle, señor Devine.
—El placer es mío —repliqué deseando ya retorcerle el pescuezo.
Norma estaba sentada en una silla, un poco alejada de la mesa, las piernas cruzadas, con un cuaderno de notas en el muslo y un bolígrafo en la mano.
Todo estaba dispuesto para el almuerzo.
—Siéntese, señor Devine.
Nos sentamos uno al lado del otro y el senador señaló la mesa en donde había muchas fuentes con viandas, mariscos, salsas, aves de distintas clases, arroces, y también varias clases de vino.
Empecé a despachar una langosta y el senador se dedicó al faisán.
Norma no participaba en el almuerzo. Era la eficiente secretaria, y esperaba órdenes de su jefe.
Un criado nos había servido el vino, y en cuanto el senador y yo bebimos un par de tragos, nos llenaba otra vez la copa.
Nunca me ha gustado comer cuando una mujer está de muestra y así estaba Norma. Una mujer bonita como Norma Turner habría tenido mejor actuación como compañero de almuerzo, pero el amo hacía respetar el protocolo.
En un momento determinado, Wayne se limpió la boca con la servilleta y preguntó:
—¿De qué quiere que le Informe, señor Devine?

—De algo práctico.

—Imagino que habla en un sentido de acción.

—Sí, es lo que más me interesa.

—Entonces ha llegado el momento oportuno.

—¿Por qué, señor Wayne?

—Nos disponemos a tomar el poder.

Le sonreí.

—Permítame que exteriorice mi sorpresa, señor Wayne. ¿No cree que es algo difícil tratándose del gobierno democrático de los Estados Unidos?

—Sí, ya sé que mis palabras le resultarán sorpresivas, señor Devine, pero son pura realidad.

—Estamos en el año de las elecciones presidenciales, señor Wayne.

—Nunca se celebrarán esas elecciones presidenciales.

—Faltan pocos meses para que tengan lugar las convenciones de los partidos mayoritarios, el demócrata y el republicano…

—Tampoco habrá oportunidad para que se celebren las convenciones.

—Indudablemente se refiere usted a un golpe de Estado.

—Sí.

—¿Cuándo tendrá lugar?

—No puedo decirle la fecha, pero estamos preparados. Naturalmente, eso usted no lo publicará. Hemos tomado las medidas oportunas para que no lo haga, señor Gilbert.

Me disponía a beber un trago de vino pero me quedé con el brazo tieso.

—¿Qué nombre ha dicho, senador?

—Gilbert, Rock Gilbert, el suyo.

—Disculpe, pero yo soy George Devine.

—Señor Gilbert, el hecho de que yo le haya hablado tan claro con respecto a nuestro asalto al poder, significa que estoy muy seguro de que usted no publicará nada en los diarios europeos ni en ningún otro diario. Usted jamás escribirá una crónica acerca de nuestro partido…

Miré a Norma. Estaba muy seria.

—¿Lo sabía usted, señorita Turner? —pregunté.

—Fui informada poco antes de que usted llegase a este salón.

—Ha sido usted muy discreta y posee grandes cualidades para el teatro, señorita Turner. La noticia no dejo marcada ni una sola huella en su rostro. Ahora empiezo a creer que realmente quiere llevar a cabo su absurda venganza contra la sociedad.

—Me temo que no está usted en situación de moralizar, señor Gilbert.

El senador Wayne rió.

—Déjelo, Norma. El señor Gilbert está amenizando nuestro almuerzo. Y lo hace muy bien.

Tenía una pistola. Había llegado el momento de sacarla y moví el brazo.

—No haga eso, señor Gilbert —advirtió el senador—. Detrás de usted hay dos hombres que lo están apuntando.

Volví la cabeza y vi a los hombres a los que se refería.

Dejé de prestar atención a los dos asesinos.

El senador Wayne rió con suavidad.

—Señor Gilbert, usted debió imaginar que no íbamos a ser tan incautos como para aceptar una simple credencial. Somos más listos de lo que usted se cree. Tomamos precauciones.

—¿Qué precauciones?

—Llamamos a Londres. Casualmente, lord Kenny es amigo mío.

—Yo no diría casualmente puesto que lord Kenny piensa lo mismo que usted, aunque él en Inglaterra no tiene nada que hacer. ¿Y qué le dijo lord Kenny?

—Que no sabía que George Devine hubiese sido enviado a nuestro país… Luego llamamos a la Agencia Internacional News of the World. El señor Powers nos dijo que existía un George Devine pero que estaba en una misión en Hong-Kong.

—Ya vine de Hong-Kong.

El bastardo senador rió con más ganas.

—Tampoco le sirve, señor Gilbert. El señor Devine continúa en Hong-Kong. De todas formas, recibimos una descripción física y le aseguro que usted no coincide en nada con el señor Devine. El es rubio, bajo, obeso y tiene una cicatriz en el mentón.

—Me hicieron cambiar mucho las chinas.

—Nosotros lo haremos cambiar más.

—¿Me estirarán los brazos? ¿Me cortarán las piernas…? ¿O se van a contentar con achicarme la cabeza?

—Usted es un elemento inservible, señor Gilbert.

—Como los negros, ¿eh?

—Será muerto, señor Gilbert, y su cuerpo será encontrado por la policía. Huyó de Nueva York y sufrió un accidente de automóvil. Es lógico teniendo en cuenta que la Brigada de Homicidios lo perseguía. Realizaremos un servicio público.

—El teniente Donat le quedará muy agradecido.

—Toda la comunidad nos quedará agradecida, ya que usted se ha convertido en un asesino.

—Me avergüenza hablar cosas de mí mismo. ¿Por qué no me cuenta esa historia del asalto al poder?

—No, señor Gilbert, no le voy a contar nada. No voy a perder el tiempo.

—No le creó una palabra, senador. Usted está chiflado. Nunca podrá lograr sus fines. Somos una democracia y tenemos que defenderla. Se probó durante dos guerras mundiales, y en las peores circunstancias… Hay millones de ciudadanos conscientes del gobierno que han elegido, y lucharán contra usted y los de su calaña para conservar sus libertades.

El senador estaba abriendo mucho los ojos, que parecían ir cargándose poco a poco de una extraña energía. Era lo que yo había pretendido con mi largo discurso. Y lo conseguí.

—Usted es un estúpido tarado —gritó.

—No, senador. Soy un ciudadano normal.

—Usted es un borrego como millones de americanos y necesitan alguien que les guíe.

—¿Usted, senador?

—Sí, yo, y un estado mayor que he elegido, una selección de cerebros privilegiados que secundarán mis órdenes.

—Los Superhombres del Mañana.

—Sí, señor Gilbert, así nos llamamos porque somos realmente superhombres.

—Usted es bastante vulgarcito, senador. ¿Dónde está lo «super» en usted?

—En mi cabeza.

—¿Qué es lo que ha descubierto? ¿La rueda cuadrada? ¿El satélite que iluminará el mundo con luz artificial? Sólo le puedo reconocer una cosa. Que se sabe rodear de mujeres bonitas. En eso le doy la máxima puntuación. Pero confórmese porque no tiene otro mérito.

—¡Son mis ideas lo extraordinario de mí!

—Oh, sí, sus ideas de acabar con los negros, con los judíos, con los chinos. Sin olvidar a los blancos que cojean un poco o que tosen más de lo debido.

—¡Somos una raza superior!

—¿Quiénes, senador? ¿Los hombres de más de cincuenta años de pelo blanco y ojos de loco? Usted necesita un siquiatra, senador, y lo necesita muy urgentemente.

—¡Mátenlo! —dijo el senador Wayne fuera de sí.

CAPÍTULO XIII

Sentí pasos a mi espalda. Los dos sicarios venían a por mí.

—Un momento, senador —dijo Norma Turner.

—¿Qué quieres, Norma? —inquirió el político.

—Usted dijo que debía sacarle su información al señor Gilbert.

—No tiene ninguna información, Norma.

—No le he interrogado, senador.

Wayne titubeó unos instantes y por fin dijo:

—Está bien… David, Reginald, llevadlo a una celda del sótano, y usted, señorita Turner, interrogue al prisionero ante los guardianes.

—Sí, senador.

Uno de los tipos, Reginald o David, porque no sabía quién era cada cual, me apoyó el cañón de la pistola en la nuca.

—Levántate, muchacho.

Me levanté y me quitó la pistola.

—Andando.

Miré al senador, cuyo rostro ya se había tranquilizado.

—Todavía no me dijo de qué forma van a asaltar Washington.

—Con un comando especial integrado por doscientos hombres.

—No tendrán la experiencia necesaria.

—Se han estado preparando durante meses. Forman un verdadero cuerpo paramilitar, y su oficialidad de mando fue también seleccionada tras durísimas pruebas.

—Voy a admitir por un momento que toman Washington, que chantajean al Presidente. No les servirá de nada.

—Tomaremos también el Pentágono.

—Eso sólo es un sueño.

—Lástima que no esté usted presente para cuando ese momento llegue. Entonces comprendería que no es un sueño.

—El país se levantará contra ustedes.

—No podrán, porque desde el Pentágono dominaremos el país.

Admito que habrá focos de resistencia, pero los aplastaremos rápidamente. El plan ha sido trazado con minuciosidad, hasta el último detalle… Reginald, llévatelo.

Reginald era el tipo que me había despojado del arma, porque ahora se puso delante de mí y dijo con una mueca de ferocidad:

—Terminó la audiencia, Gilbert.

Eché a andar y los dos sicarios vinieron detrás, junto con Norma Turner.

Reginald apoyaba su pistola en mi espalda y no pude hacer nada.

Bajamos por una escalera y llegamos a un sótano en donde había varias puertas con ventanucos enrejados.

Un hombre que parecía retrasado mental se levantó de una silla y rió.

—Vaya, ya tenemos un gorrión —dijo.

—Abre la celda número tres —ordenó Reginald.

El retrasado abrió la celda número tres y Reginald me empujó al interior.

También entraron David y Norma.

La celda era bastante confortable porque tenía al menos un camastro y una mesilla de noche, aunque no en muy buen estado.

Reginald dio la vuelta al conmutador de la luz y dijo:

—Así nos veremos mejor… Siéntate, Gilbert.

Había dos sillas. Fui a ocupar una de ellas, pero Reginald dijo:

—Ahí no, Gilbert. En el borde de la cama. Las sillas son para nosotros.

Me senté en el borde de la cama y sonreí a Norma.

—Olvidé preguntar algo al senador. ¿Por qué secuestraron a Pamela Pickford?

—Por dinero.

—Entiendo. Os faltaban doscientos cincuenta mil dólares para llevar a cabo el golpe de Estado. Si lo hicisteis por eso, sois unos pobres desgraciados.

—No seas idiota, Gilbert. El secuestro de Pamela sólo va ser el primero.

—De modo que será el comienzo de la serie.

—Así es.

—¿Y a cuántas más personas vais a secuestrar?

—A veinte.
—¿Y por cada una de ellas pediréis un cuarto de millón?
—Es la tarifa mínima. Por otras tendrán que pagar hasta medio millón.
—Demonios, no es mal negocio… ¿Por qué no os limitasteis a los secuestros y dejasteis en paz la política?
—Los secuestros sólo nos proporcionarán los medios que necesitamos para cumplir nuestros fines.
—Os ganaréis el eterno reconocimiento de los ciudadanos americanos. Si lográis el éxito seréis maldecidos durante miles de años.
—El senador opina de distinta forma.
—¿Y tú?
—Yo opino como el senador.
Me pareció que su voz no era tan segura, tan enérgica como antes, pero podía ser una simple apreciación mía.
—Gilbert, he venido aquí a interrogarte y no a que me interrogues.
—Estupendo, preciosa. Dispara por tu bonita boca.
—Otra impertinencia como ésa y te arranco unos cuantos dientes.
—Oh, disculpa —dije—. A veces, cuando me encuentro en peligro de muerte, pierdo la educación.
Norma hizo su primera pregunta.
—¿Quién sabe qué viniste aquí?
—El presidente.
—¿Qué presidente?
—El de los Estados Unidos.
—¡Gilbert, te estoy preguntando en serio!
—Y yo también contesto en serio. Llegaron hasta el presidente rumores de que ciertos tipos preparaban un golpe de mano y me envió a mí por delante para impedirlo.
—¡Estás mintiendo!
—¿Y cómo lo sabes?
Reginald se acercó para llevar a cabo su amenaza de romperme los dientes.
Era lo que yo estaba esperando y me lancé sobre él de cabeza.
Logré mi objetivo. Pegarle un testarazo en el estómago. Los dos

nos derrumbamos y en el camino tropezamos con Norma y la hicimos caer.

Conecté un puñetazo en la boca de Reginald y sentí cómo sus dientes cedían. Resultaba que él empezaba a perderlos antes que yo.

Sin embargo, había ocurrido una cosa muy mala para mí. Nos habíamos hecho un revoltijo de piernas y brazos entre Norma, Reginald y yo. De esa forma, David contó con mucha ventaja y el muy bastardo la aprovechó bien. Me pegó en la cabeza con la culata.

De nuevo me sumergí en la oscuridad, en la mancha de tinta, en el pozo profundo…

Me desperté en la cama. Habían sido muy atentos conmigo al transportarme desde el suelo hasta el lecho.

Me dolía terriblemente la cabeza, como si un par de obreros estuviesen trabajando con el taladro en mi cráneo.

Sentí el cabello pegajoso. Me habían hecho una herida pero va había dejado de manar sangre.

Miré a mi alrededor pero no descubrí a ningún hijo de perra. Tampoco estaba allí la bonita Norma.

Traté de levantarme y di un gemido.

Entonces oí una risita y vi por el ventanuco de la puerta la cara del retrasado mental.

—¿Qué tal va eso, gorrión? —rió.

—Bastante mal.

—No te preocupes. Acabarás pronto.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Bueno, al menos había conseguido una prórroga. Recordé el motivo. Para después del almuerzo, el senador Wayne había convocado su estado mayor. Sí, y una reunión de tal categoría no se acaba en seguida. Son necesarias muchas horas para aprobar las resoluciones. Después de todo, los hombres de confianza de Wayne no estaban preparando un *camping*, sino un asalto a la Casa Blanca y al Pentágono.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —pregunté al carcelero.

—Dick.

—Tú y yo vamos a hacer el gran negocio.

Se echó a reír.

—Claro, vas a descubrir ahí petróleo…

—No creo que haya petróleo. Te voy a dar dinero.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—No tienes mil dólares.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Te registraron y sólo te encontraron unos cuantos billetes.

—Tengo un amigo que me proporcionará mil dólares cuando salga.

Rió otra vez.

—No tienes ningún amigo.

—Claro que tengo, Dick. Te llevaré con uno que, además de dinero, te va a proporcionar una mujer sensacional.

—¿Cuánto pesa?

—¿Te refieres a mi amigo o a ella?

—A ella.

—Setenta y cinco kilos.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Porque tiene que pesar ochenta.

—Bueno, será cuestión de engordarla un poco.

—Tendría que esperar demasiado.

—Ahora recuerdo que mi amigo tiene otra chica que pesa los ochenta kilos.

—¿Rubia o morena?

Aquel tipo ponía demasiadas dificultades.

—¿Cómo te gustan, Dick?

—Rubias.

—Qué casualidad. La de ochenta kilos es rubia.

—¿Cómo se llama?

—Helen.

—No me interesa.

—¿Por qué no?

—A mí me gusta mi Sally, que tiene ochenta kilos, y es rubia… Ya te lo dije, Gilbert. Tu amigo no puede hacer nada. Además, aquí me pagan bien. Duerme tranquilo hasta la hora de tu muerte.

—¡Espera, Dick!

No esperó. Apartó su zafio rostro del ventanuco y a mí me dejó con mis pensamientos, muy pocos pensamientos porque todos ellos se referían a lo mismo, a mi próxima desaparición del mundo de los vivos.

CAPÍTULO XIV

Me habían despojado del reloj y no sabía la hora, pero ya habían pasado unas cuantas desde que desperté.

Oí un ruido en la puerta. Se abrió ésta. Entró David y luego Norma.

—¿Ya terminó la reunión de alto estado mayor? —pregunté.

—Continúa —contestó Norma—. Es la última conferencia que sostienen antes de llevar a cabo el golpe de estado.

—Muy bien. Puedes proseguir el interrogatorio.

—El senador ha decidido que no haya interrogatorio.

David me sonrió.

—Es la hora.

—De cenar, claro —me toqué el estómago—. Se me abrió el apetito. ¿Cuántos platos hay?

—Ninguno. Es la hora de tu muerte y no de cenar.

—No te pongas trágico, hombre. La noche es muy larga. Ya habrá tiempo para todo.

—El senador ordenó que te mate ahora.

—Entonces, ¿por qué viene ella? —Señalé a Norma—. Oh, sí. ¿Por qué lo pregunto? Te besé dos veces, Norma, y eso no me lo puedes perdonar. También sientes un gran resentimiento contra mí.

—Sólo quiero hacerte una pregunta —dijo la secretaria de Wayne.

—¿No puedes esperar a mañana?

—No. Has de contestar ahora.

—¿Y si no sé la respuesta?

—La sabes.

—Está bien. ¿Cuál es la pregunta?

Abrió su bolso, sacó una pequeña pistola e hizo fuego sobré David. Así de sencillo.

David recibió el pildorazo en el costado y se tambaleó. No dijo

nada mientras se derrumbaba en el suelo. Estaba muerto.

—¿Qué estás esperando? —Dijo Norma—. Coge su pistola.

Aún no había salido de mi sorpresa. Todo había ocurrido demasiado aprisa, pero ahora reaccioné en un segundo y me apoderé de la pistola de David.

Dick, el retrasado mental, entró en la celda.

—¿Ya lo has matado, David?

Se quedó perplejo al ver a David en el suelo y a mí de pie, con la pistola en la mano.

—Eh, yo no he hecho nada —gimió.

—Pero aquí te quedas para que no se mueva el muerto —dije y le pegué entre los dos ojos con la pistola.

Dick se derrumbó como un fardo.

—Saldremos tranquilamente de la casa —dijo Norma—. El disparo era para ti. Creerán que estás muerto.

—No podemos salir de la casa en esta forma, como fugitivos. Quiero recuperar a Pamela Pickford.

—No puedes hacer nada por ella.

—Todavía no terminé, Norma. También quiero acabar con los del alto estado mayor.

—No sabes lo que dices.

—¿Quieres decirme que sólo quisiste sacarme a mi del apuro?

—Diré al ejército lo que sé, y ellos se ocuparán del resto.

—Quizá no baste, o será demasiado tarde. En cuanto el senador se informe de que tú y yo nos hemos largado, dará orden de que se adelante el asalto a la capital. Recuerda que está reunido con su estado mayor.

—Sí, eso es cierto. Además tiene los planes preparados para un caso de emergencia como éste.

—No podemos elegir, Norma. Tenemos que actuar nosotros.

—Me parece la mayor locura, pero lo haré.

—Eres una chica como no hay otra —dije y la besé en los labios.

—Soy una equivocada, pero tú me despertaste a tiempo.

—No hay tiempo para más besos —dije.

Salimos de la celda y subimos la escalera.

Al fondo del *hall*, ante la puerta del gran salón, había dos tipos de guardia y los dos portaban metralleta.

—Hay que acabar con ellos en un suspiro, Norma —murmuré.

—Cuando quieras.

—Listo y ya.

Nos pusimos a disparar los dos mientras corríamos hacia los fulanos.

Los dos cayeron como muñecos.

—¡Las metralletas! —dije.

Norma cogió una y yo otra.

Alrededor de la larga mesa que antes había servido para el almuerzo se sentaban ahora una docena de hombres presididos por el senador Wayne. Tres de ellos habían sacado la pistola pero no les di oportunidad para que la utilizasen.

Mi metralleta se puso a cantar una canción de muelle, y después hubo un coro porque la metralleta esgrimida por Norma también interpretó la melodía.

Los tipos que habían sacado las pistolas cayeron y también fueron cayendo los demás.

Al senador Wayne le hice un regalo especial, un kilo de plomo que asimiló completo desde la cintura hasta la cabeza.

—Pamela Pickford —dije.

Salimos de la habitación y nos enviaron tres balas que golpearon contra la pared.

Un tipo estaba en lo alto de la escalera. Le mandé una ráfaga y tuvo bastante para desaparecer bailando un extraño
can-can
porque levantó mucho las piernas.

Corrí hacia la escalera y subí los peldaños de dos en dos.

Otra vez aparecieron enemigos. Esta vez dos. Los cosí con plomo y sólo uno de ellos logró disparar, pero lo hizo de mala manera y sepultó su proyectil en el cuerpo de su compañero, que no tenía necesidad de más carga para emprender el último viaje.

Yo sabía a la habitación adónde iba. A la tercera de la izquierda.

De pronto un tipo apareció por detrás de un jarrón. Lo tumbé y corrí hacia el lugar donde debía encontrarse Pamela Pickford.

Norma gritó a mi espalda:

—¡Cuidado, Rock!

Me dejé caer de bruces en el corredor y eso me salvó la vida porque unos cuantos proyectiles fueron disparados por detrás de mí y me habrían arruinado la columna vertebral y la nuca.

Norma ya estaba disparando su metralleta y, cuando volví la cabeza, vi a un tipo al fondo del pasillo, tirado como un pingajo en el suelo.

Me puse en pie.

—Gracias, nena.

Abrí la puerta de la habitación y allí estaba Pamela Pickford. Se había levantado, pero le era difícil mantener el equilibrio debido a las drogas.

Corrí hacia ella y la sostuve contra mí.

—¡Rock…! —exclamó.

—Cuidado, Pamela. No puedes desmayarte ahora.

—Apenas puedo andar.

—Pues tienes que hacerlo para salir de aquí.

—Lo intentaré.

Norma vino en nuestra ayuda y la sacamos de la habitación.

Al llegar a la escalera, le dije a Norma que cuidase a Pamela.

Tenía que asegurarme de que el *hall* no había nadie. Pero pronto se demostró que allí se escondían unos cuantos bastardos, al menos tres, porque varias armas fueron disparadas y las balas subieron hacia arriba.

Un tipo se descuidó dejando ver media cabeza junto a una columna, pero estuvo allí poco tiempo, sólo por dos segundos, después de haberle mandado mi respuesta con la metralleta.

Luego salté tres escalones y otro de los tipos creyó que me iba a tumbar y también salió de su escondite.

Antes de que pudiese apretar el gatillo, lo hice yo y se fue dando vueltas hacia el jardín en busca de flores.

Un hombre corrió desde una columna hacia el salón en donde el senador Wayne y su alto estado mayor habían empezado a dormir su último sueño. Lo empujé con balas y allí desapareció.

—Listo, nena. El campo despejado.

Salimos de la casa sin dificultad y nos dirigimos a la cochera. Yo vigilaba a derecha e izquierda, pero no se veía a nadie.

De repente, por detrás de uno de los «Cadillac» salió un hombre, pero no logró hacernos daño porque también se llevó su ración.

Oímos ladridos y miré hacia el portón, en donde el hombre vestido de pana estaba sujetando a los dos perros gracias a las cadenas.

—Eh, compañero —le dije—. Si los suelta, los mataré a ellos y a usted.

—Descuide. No los dejaré escapar.

Nos metimos en el coche que Nancy me había prestado, pero dejé que Norma manejase el volante.

El hombre de los perros había abierto el portón y escapamos a toda velocidad.

El caso había terminado. La declaración de Norma Turner fue sensacional. Quedó probado que yo no había sido el asesino de Douglas Landi. Pero ocurrió una cosa muy graciosa. Intervino el FBI porque se había cometido un delito federal y todos los relacionados con el asunto recibimos una orden para que guardásemos silencio. No había habido intento de asalto al poder por métodos violentos. Prácticamente, los Superhombres del Mañana habían dejado de existir, y como había muchos cadáveres por medio, se dijo que lo ocurrido en la residencia del senador Wayne fue un ajuste de cuentas. Para demostrar esto, se sacaron a relucir unos viejos papeles en los que se acreditaba que el senador Wayne había tenido que ver con los bajos fondos unos años atrás. Pero eso era lógico, puesto que el senador Wayne había reclutado su cuerpo paramilitar entre cierta clase de gentuza.

Fred Pickford me pagó los cinco mil dólares, y lo mejor, perdonó a Pamela porque ésta le juró que entre Douglas Landi y ella sólo había un romance platónico. Yo me lo creía, pero lo importante era que lo creyese Fred, o que hiciese como que lo creía. Fred dijo que liquidaría sus negocios y se iría a vivir con su mujer a un lugar de Oregón.

Le pagué los quinientos a Jack Kempton, y King Mac Laglen hizo sus artículos sobre el descubrimiento del asesinato de Douglas Landi, aunque tuvo que sufrir muchas restricciones y se vio obligado a enfocarlo desde un punto de vista privado, simple chantaje de un vividor. En fin, los negocios públicos son así.

No, tampoco el teniente Donat esta vez se salió con la suya y cogió una tremenda rabieta cuando me devolvieron la licencia de detective privado.

Y en cuanto a mí, estoy metido en un buen lío. Sí, hermanos, no es cosa fácil elegir entre tres mujeres. La pelirroja Nancy, la morena Norma, y la rubia enfermera Priscilla. De momento, como tengo

muchas dudas, salgo con las tres. Por separado. Y siempre las llevo al restaurante de Rinaldi y el bueno del franco-canadiense-inglés-americano me guiña un ojo cada vez que me ve y me dice: «Demonios, Rock, cumplistes tu palabra. Sigues trayendo piezas de concurso».

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.